

Madrid

GUO

80

onal

TIPOS

GRUPOS

Y BOCETOS

B.R. Madrid

FONDO ANTIGUO

**A-830**

Bib. Regional



FONDO

A

Bib.

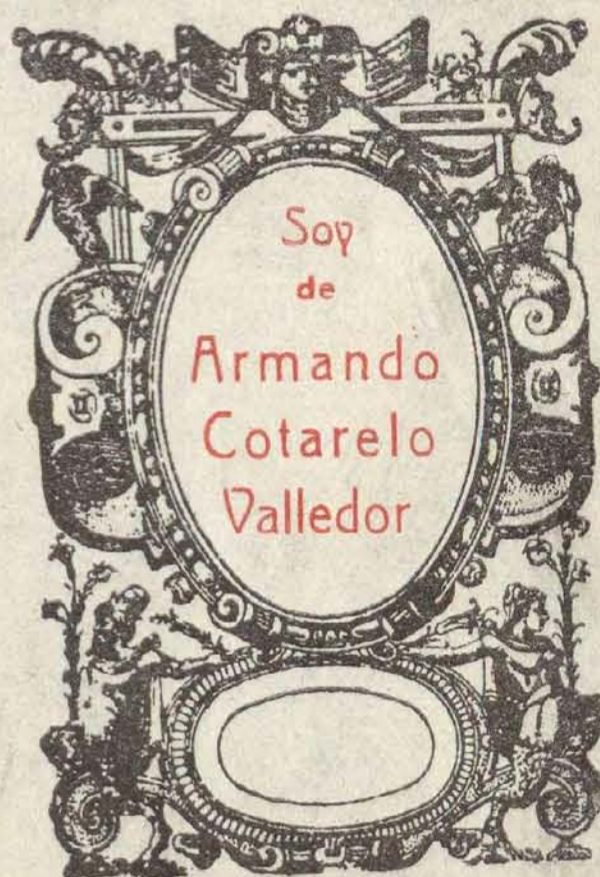
Diputación  
Provincial

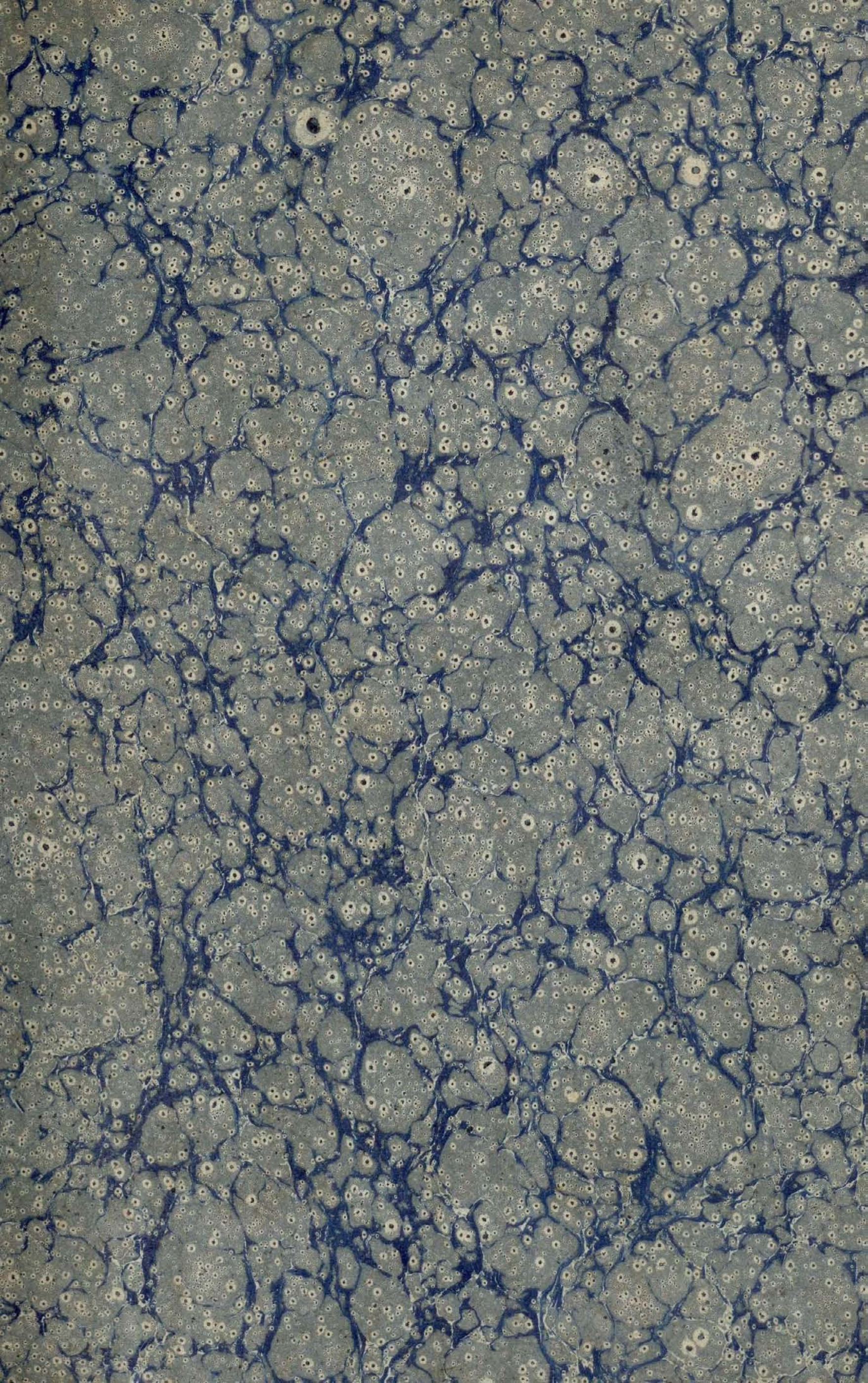
*Biblioteca*

Reg. 6442

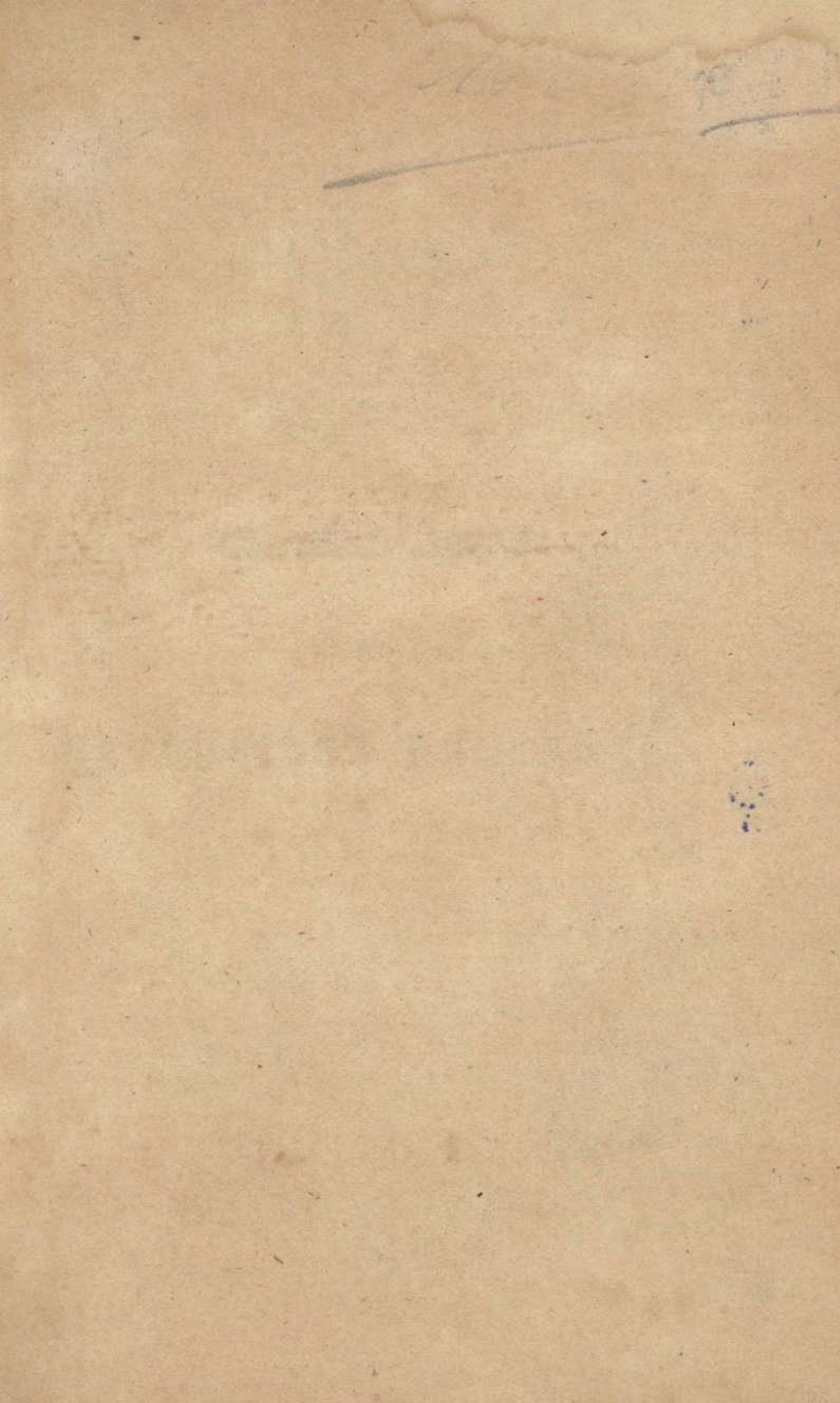
Vols. \_\_\_\_\_

Sig. Mad 50





A-830







R  
6442

11-11-11  
3

OBRAS JOCOSAS Y SATIRICAS

DE

EL CURIOSO PARLANTE.



0  
42690  
48  
72  
108



OPRAS JOURNAL Y PATRONAS

DE

EL CURIOSO PARLANTE.



## ADVERTENCIA DEL EDITOR.

Nos proponemos hacer una edicion *completa* de las *obras jocosas y satiricas* del señor MASONERO ROMANOS, publicadas con el pseudónimo de EL CURIOSO PARLANTE, desde 1832. Y habiendo encargado al autor el cuidado de ordenarlas, lo ha hecho, corrigiéndolas, aumentándolas considerablemente, y enriqueciéndolas ademas con interesantes notas que esplican su argumento y marcan tambien la marcha de nuestras costumbres públicas y privadas que supo tan acertadamente describir en el largo período de treinta años.

Dicha coleccion, segun el órden que le ha dado su autor, formará cuatro volúmenes de 300 á 400 páginas, de buena letra, clara y compacta, cada uno de los cuales contendrá una obra aislada, aunque todas correlativas y homogéneas; en esta forma.

1.º EL PANORAMA; ó sea primera série de *Las Escenas Matritenses*; desde 1832 á 1835.

2.º LAS ESCENAS MATRITENSES; segunda série, desde 1836 á 1842.

3.º TIPOS, GRUPOS Y BOCETOS DE CUADROS DE COSTUMBRES: tercera série de las *Escenas*; desde 1843 hasta 1860.

4.º RECUERDOS É IMPRESIONES DE VIAGES.

Mas como las dos primeras séries de las *Escenas* sean ya tan conocidas y populares, por las varias ediciones que de ellas se han hecho, hemos creído conveniente empezar la nuestra por la tercera época, desde 1843 hasta el dia, ó sea el tomo actual de TIPOS, GRUPOS Y BOCETOS, que aunque conocidos tambien del público, por haber sido impresos separadamente en diversas obras en este largo período, no lo han sido hasta el dia formando coleccion.

A este tomo seguirá inmediatamente el de *Viajes*, que se halla ya en prensa; y después los del *Panorama* y las *Escenas*. Mas aunque para esta publicacion hayamos invertido el órden cronológico, como se conserva á cada tomo ú obra su forma independiente, pueden ser adquiridos por separado, viniendo luego á colocarse en el órden que reclaman por sus fechas respectivas.

EL EDITOR,

F. DE P. MELLADO.

**TIPOS, GRUPOS Y BOCETOS**

DE CUADROS DE COSTUMBRES.

A-830

El presente libro es el resultado de un estudio que he hecho en los últimos años de la vida social y moral de los pueblos de España.

En él he tratado de dar una idea general de los tipos que forman el carácter de cada una de las regiones de España, y de los hábitos y costumbres que les son propios.

## TIPOS, GRUPOS Y BOCELOS

En este libro se trata de los tipos, grupos y bocelos de España. Se describen las características físicas y morales de cada una de las regiones, así como sus hábitos y costumbres.

### EN CUADROS DE COSTUMBRES

Este libro contiene una serie de cuadros que describen las costumbres de cada una de las regiones de España. Cada cuadro trata de un aspecto diferente de la vida social y moral de los pueblos.

TIPOS, GRUPOS Y BOCETOS

R  
6442

DE CUADROS DE COSTUMBRES

DIBUJADOS Á LA PLUMA



POR

EL CURIOSO PARLANTE.

(1843 á 1860.)



MADRID: 1862.

ESTAB. TIPOG. DE D. FRANCISCO DE PAULA MELLADO,  
calle de Santa Teresa, número 8.





## ADIOS AL LECTOR.

---

Este artículo, como se vé por el título que le encabeza, debería ir al final del libro; por eso va al principio:—debería servirle de rondó; por eso le sirve de obertura.—En ello, si bien se mira, anda tan lógico como todos los prólogos, introducciones, y proemios conocidos: porque escritos por lo general en son de despedida y despues de la obra, no se contentan con su puesto á retaguardia, sino que van impolíticamente á tomarla la delantera.

Falta además saber, antes de colocar este *prólogo*, *epilogo*, ó lo que sea, si ha de ser escrito ó solo pensado: si debiera ostentar las pretensiones de *prefacio*, ó contentarse con las modestas de *postdata*; si ha de referirse, en fin, á lo escrito, ó estralimitarse á lo que se pensaba escribir.

Es, pues, el caso, (lector benévolo, que durante treinta años has dado oido y prestado atencion á la festiva charla del autor), que éste, indolente y caprichoso cultivador de las modestas flores de su fantasía, al sembrarlas al descuido acá y

allá, en diversos tiempos y á largas distancias, nunca pensó ni concibió la idea de que agrupadas luego en vistosos ramilletes, en obras de arte, pudieran ostentar tal vez en diestra combinacion sus variados matices;—ni se atrevió á pensar que cada una de sus hojas habia de llegar á formar las páginas de un libro,—no abrigó, en fin, la esperanza de que dispuestas asi, llegarían á brindar á los ojos del público mayor simpatía que á los de su propio autor; el cual en sus descuidados y caprichosos juguetes *humorísticos*, como ahora se dice, no llevaba otra idea que solazarse con el placer que le producía el cultivo de su escaso ingenio.

Pero, en fin, su buena estrella lo dispuso de otro modo; quiso que aquellas incoloras florecillas parecieran mas gratas aun á los ojos ajenos que á los propios; quiso que el jardinero indolente fuese formando el ramillete sin pretenderlo; quiso que el libro naciese sin preexistente intencion del escritor; y que éste, á la manera del personaje cómico de Moliere, echase de ver con sorpresa «que hacia treinta años que estaba haciendo prosa sin saberlo.»

*El Panorama y las Escenas Matritenses* aparecieron, puede decirse, de este modo, en 1835 y 1842;—y el *Curioso parlante* hubo de presentarse en las tablas, con grata sorpresa, á recibir los inesperados aplausos del público, y lo que es mas, la investidura de su favorecido pintor.

Deseando, pues, corresponder lo mas dignamente que le fuera posible á tan inusitada bondad, y terminada hace veinte años la segunda série de *Las Escenas*, quiso dar otro giro á sus tareas, y aunque siempre con la indisciplina propia de su carácter, aspiró á generalizar mas en una tercera obra la

pintura satírico-moral de las costumbres y caracteres contemporáneos; no precisamente contraindidos á la localidad de la capital, sino abarcando la generalidad de la sociedad moderna española.

Pero, «el hombre pone y Dios dispone,» que dice el refran.—Aquellas primeras obras de su ingenio, nacieron espontáneamente y sin preexistente intencion; y ésta, concebida y calculada, no llegó á madurarse, á pesar de la ternura y del interés paternal, y hubo, como quien dice, de quedarse en embrion.

En vano pidió á la ciencia nuevos recursos para dar mayor importancia, forma diversa á sus estudios sociales; en vano buscó en su paleta colores mas ricos con que intencionarles y generalizarles mas; la máquina no se prestaba fácilmente á abandonar su antiguo y favorito troquel; el pintor no alcanzaba nuevas combinaciones en su paleta; el rudo celebrante no sabia leer mas que en su misal.—Sucedióle, pues, lo que á Ovidio, cuando reprendido por su padre por su intemperancia poética, iba á contestarle

*«Et quod tentabat dicere, versus erat.»*

El *Curioso madrileño* pretendió ampliar mas y mas sus cuadros, y quitarles su carácter local y su forma de *caballete*; pero su modesto pincel se resistió á trazar mas importante obra; su óptico instrumento no acertó á verse libre del propio modelo objetivo; y *Escenas matritenses* le brindaba su lente, y *Tipos y caracteres matritenses* le brotaba obstinadamente su pincel.

Por eso este libro, que en la intencion del autor, debia ser otra cosa, viene á ser poco mas ó

menos la misma, esto es, un *apéndice* ó continuación de los anteriores; por eso esta obra, concebida bajo el plan de un edificio aislado é independiente, no es mas que el remate ó coronacion del primitivo.

Hay tambien otra razon para que no haya alcanzado el autor la satisfaccion de cumplir su objeto, con las condiciones que se propuso; y es que cuando escribia las *Escenas* se hallaba en el vigor de su edad lozana, en el candor de su entusiasmo juvenil; que el pintor entonces disponia de los abundantes colores de su vírgen paleta; y que la sociedad que servia de modelo á sus cuadros, era muy mas sencilla y reposada tambien.

Ahora, por el contrario, al paso que el artista ha ido sintiendo enervadas con la edad sus fuerzas y su imaginacion, la sociedad del siglo se ha rejuvenecido y vigorizado, en términos de cambiar á cada paso y en cada dia de colorido, de fisonomía, de intencion.—En vano el pintor fatigado la persigue y estudia espiondo sus movimientos, sus actitudes, sus tendencias;—trabajo inútil;—la sociedad se le escapa de la vista; el modelo se le deshace entre las manos; imposible sorprenderle en un momento de reposo; y solo echando mano de los progresos velocíferos de la época, del vapor, de la fotografía y de la chispa eléctrica, puede acaso alcanzar á seguir su senda rápida é indecisa; puede fijar sus volubles facciones en el lienzo; puede entablar con ella instantánea y mental comunicacion.

El asendereado pintor, al fin, se confiesa vencido; el desmayado observador siente ofuscados su vigor y su imaginacion; y en caso tal, cumple á la conciencia del artista dejar caer el añejo

y clásico pincel; cumple al escritor colgar con pena su mal tajada péñola; al satírico moralista arrumbar entre el polvo su risueño tirso y su festivo cascabel.

Mas en descargo de su conciencia, y ya que ha reconocido y declarado francamente su incompetencia para realizar su pensamiento, dispensárase á su amor propio de autor que se atreva á explicarle, ó señalar siquiera la parte del plan no realizado, el conjunto de su obra *non nata*; como el artista á quien sorprendió la muerte en la ejecución de su cuadro capital, deja señalada en el lienzo con breves líneas los contornos de las figuras, los grupos y episodios que formaban su argumento.

Acudiendo para ello á mi mesa de escribir, manoseado laberinto de borrones, y archivo descompuesto de toda clase de materias; verá *efigies*, en fin, de lo que los ingeniosos calígrafos suelen representar en gallardos rasgos con el título de *Mesa revuelta* (menos los naipes, diplomas y memoriales); y descartando todo lo inútil á el objeto, pretendí allegar solo entre aquellos opúsculos, impresos unos, é inéditos otros, aquellos juguetes literarios, satírico-morales, que en el largo período transcurrido desde 1842 en que di por terminadas las *Escenas*, pudieran agruparse homogéneamente á ellas bajo un título comun, y formar un volumen aparte, aunque de la misma índole, que mas ó menos propiamente revelase mi pensamiento indicado; y cuando no, pudiera por lo menos servirles de continuacion, y marcar en una *tercera serie* el asombroso movimiento y transformacion completa de la sociedad española en este período.

Resultado de este rebusco es el presente libro, verdadero traslado fotográfico de mi descompuesta *mesa de escribir*.—Conocidos separadamente ya del público en diversas obras y periódicos todos ó la mayor parte de los opúsculos que contiene, tal vez adquieran con ser coleccionados hoy por primera vez, algun interés á los ojos del observador de nuestra marcha social.—Tal vez de la comparacion de su argumento con el de las épocas anteriores, resulte el contraste que el autor se propuso presentar entre la antigua y moderna sociedad; tal vez en el desempeño literario se advierta tambien, si menos espontaneidad é interés dramático, alguna mas filosófica intencion.

Por desgracia no puede revelar por completo, ni mucho menos, el pensamiento que guiaba á mi pluma; el desaliento que por las razones ya dichas se apoderó de mi ánimo, me hizo abandonar apenas iniciada la tarea; baste decir que entre los artículos ó cuadros que he tropezado para este *rebusco*, empezados unos, borrajeados otros, y no terminados los mas, quedan en el polvo de mi cartera los que habian de llevar los títulos siguientes:

—*El aura popular*:—*Reputaciones de reflejo*:—*La rueda de cobre y la aguja de oro*:—*Un hombre de orden*:—*Mis amigos políticos*:—*Aprenda V. á vivir*:—*La mediania perseverante*:—*El independiente*:—*La filantropia y la caridad*:—*Haz daño y te harán lugar*:—*Madrid en 1900*:—*El No de los hombres*:—*Las hijas de viuda*, (materia imponible):—*La pesadilla*:—*Las primeras canas*:—*La otra casa*:—*El paseante en córte*:—*El buen mozo*:—*Una prima... á voluntad del comprador*:—*Las cosas de España*:—*Vocabulario del gran tono*:—*El comodín*:

—*El obrador de sastré, (taller de reputaciones):— El Nos periodístico:— La casa á la malicia:— Las segundas nupcias:— El genio:— Profesion de fé dramática:— Una muger superior:— Memorias de un portero — La sala y la cocina, (economía sublime):— ¿Quién protege á quien?— Las victimas:— En un tris...— El editor responsable:— Las fuentes de la prosperidad:— Los buenos principios:— La opinion del pais:— Cubrir el espediente:— Una notabilidad de campanario:— El escabel:— Remedios caseros:— Misterios de un abanico:— La tertulia y la soireé:— La comandita:— Madrid sin fachadas:— Los puntos suspensivos...— De escalera abajo:— El marido á prueba:— Un hombre para todo:— La gramática parada:— El mal de nervios:— La almohadilla:— La catalepsis política:— Juego de compadres:— Crónicas del fogon:— Un hombre de mas:— La pluto-cracia:— El título... sin interés:— Adios córte, que me mudo.*

De los títulos ó cuadros anteriores que quedan como va dicho, en el tintero del autor, se ve claramente, que no la falta de materia, sino la de espíritu, pudo obligarle á dejar incompleta su obra;—pero de ellos tambien se infiere otra razon que le compelió á este espontáneo silencio;—y es que habiéndose de rozar ya directamente y dar la cara á una sociedad esencialmente política, no pudo jamás resolverse á ello, y prefirió *callar* á desnudar á su pluma de la tranquila, risueña, é *impolítica* especialidad que supo tenazmente conservar.

Al estamparla, pues, aquí por última vez, para despedirse agradecido de su público favorito, habrá de hacerlo con la variante que reclama esta su *póstuma* exhibicion







## TIPOS, GRUPOS Y BOCETOS.

### FISONOMIA DE NUESTRA SOCIEDAD EN 1825.

(OJEADA RETROSPECTIVA.)

Entonces era yo *pollo*; pero *pollo* á la manera de entonces, como lo era tambien la sociedad española.—No habia esta aun *galleado* tan alto como lo ha hecho despues, merced al desarrollo de las ideas agitadas y sulfúricas de este siglo *del vapor* que atravesamos.—Los niños se contentaban con ser niños, comer golosinas, comprar aleluyas, hacer jugarretas al *dómine* y aprender bien ó mal á Nebrija al compas de la *palmeta* y de la *cola*.—Los manebos imberbes eran enamorados y bailarines; esperaban á las modistas á la salida del taller para acompañarlas y comprarlas flores; y por las noches asistian á las academias de baile de *Belluci* ó de *Besuguillo*, para ponerse al corriente de la nueva cortesía de la *gabota* ó del último solo del *rigodon*.—El sastre *Ortet*, el zapatero *Galan*, el peluquero *Falconi* y el sombrerero *Leza*, cuidaban de apropiarse á sus juveniles personas los preceptos inapelables de los figuri-

nes parisienses, los *carrikes* de cinco cuellos, las levitas *polonesas* de cordonadura y pieles, los pantalones plegados ó los de punto blanco, los fraks de faldon largo y mangas de jamon, los sombreros cónicos, las corbatas metálicas y cumplidas, y los cuellos de la camisa en agudísima punta; las botas á la *bombé* ó á la *farolé* y el cabello levantado sobre la frente, y recortado á la *inglesa*.

¡Dichosos tiempos en que no se habian *inventado* aun las barbas prolongadas, ni el bigote retorcido, ó se dejaban como patrimonio de los militares y capuchinos!—El *gaban*, nivelador y socialista, y la negra corbata, no habian aun confundido, como despues lo hicieron, todas las clases, todas las edades, todas las condiciones, y hasta casi todos los sexos.—El *capote* de mangas y el *rus*, eran distintivo de los hombres entrados en años; la capa española, con embozos escarlata y cordonadura de oro, á la *Almavi-va*, envolvía airosamente las personas de los jóvenes elegantes ó *tónicos*; la cumplida casaca, chaleco, calzon y media negra, corbata, pechera ó *quirindola* y guante blanco de algodón, representaban la edad provecta, la alta posicion, el severo continente del funcionario público ó del padre de familia: el pantalon ajustado de punto blanco y la bota de campana amarilla, los colores varios y pronunciados del frak, tales como azul de Prusia, verde pistacho, ó gris claro; los chalecos pintorescos con botonadura de filigrana, los diges y baratijas en la cadena del reloj, y finalmente el hiperbólico y complicado lazo de la corbata, eran el patrimonio de la inofensiva y alegre *polleria* de tres á cuatro lustros.

El vestido y adorno de las damas era tambien estrechado; aunque si ha de decirse la verdad, carecía del gusto y variedad que ha adquirido despues.—El talle alto, por lo general, deslucía los cuerpos, y quitaba gracia y flexibili-

dad á su movimiento; las *dulletas* ó *citoyennes* de seda, entreteladas y guarnecidas de pieles y cordonadura, tenían, sin embargo, cierto aspecto magestuoso y solemné; los *spencers* junquillos ó rosas lucían bien sobre un vestido de punto ceñido al cuerpo; el peinado alto á la *Girafa*, los bucles huecos y la peineta de concha ó de pedrería, daban á la cabeza cierto carácter monumental; y sobre todo, el traje de *maja andaluza*, que consistía en basquiña y cuerpo de *alepin* morado, y guarnecido por abajo y en las bocamangas y hombreras con sendos golpes de cordonadura y avalorios, la mantilla blanca y cruzada al pecho, y el zapato y *toquilla* de color de rosa, era realmente un traje expresivo y fascinador, propio esclusivamente para realzar la gracia y donosura del tipo español.

No estaba aun este desnacionalizado en nuestro Prado matritense por el horrible manton cachemir, ni por las capas, albornoces, manteletas, gabanes y *casabeks*; por las botas atacadas, por el vestido arrastrando, ni por las *capotas* y sombreros, que luego vinieron á borrar completamente en nuestras damas la fisonomía nacional; y si bien por la ausencia de todas estas adicciones, abrigos, ó hipérboles, solían adolecer las reuniones de cierta monotonía y seriedad, por lo menos pesábase en ellas á punto fijo el quilate y valor de cada persona; medíanse á una simple ojeada sus ventajas ó desventajas naturales, su proporción y verdaderas dimensiones: no había que hacer para ello abstracción alguna mental de *niriñiques* y almidonés, armaduras y andamios, gasas y parabeles; ni que adivinar la forma verdadera á vueltas de veinte varas de tela, y del complicado laberinto de volantes, *bieses* y festones.—Tampoco era necesario buscar las picantes facciones de nuestras jóvenes madrileñas á la sombra de una historiada *capota* de gasa ó de un prosáico *sombrero* de terciopelo.—Aquella espon-

tánea originalidad de nuestro Prado sobre los paseos extranjeros, tenia, pues, su halago particular, y marchaba de acuerdo con la sociedad, también original de aquellas calendas.

A la vista tenemos un curioso dibujo que representa el salon del Prado, ocupado por esta sociedad así ataviada que dejamos descrita; la verdad del conjunto y la minuciosidad de los detalles, revelan la conciencia del autor, cualquiera que sea, de este precioso dibujo; pues no solo se limitó á ofrecer á la vista el paseo madrileño y los trages de los paseantes, sino que (si no nos engaña la memoria) quiso representar y representó en efecto, entre los concurrentes, á varias de las notabilidades de ambos sexos, que por entonces brillaban en salones y paseos; y mas de un contemporáneo al estender su vista por aquellos grupos animados, no titubearia en reconocer entre ellos las facciones y aposturas de un cumplido caballero y célebre marqués, á quien Madrid debió mas adelante altos y distinguidos servicios; —la de un grande de España, justamente famoso como literato y poeta, como político y diplomático—las de un afamado escritor, tal vez único periodista de aquellos tiempos, carácter amable que por entonces formaba las delicias de nuestros salones y nuestros teatros—las de una graciosa, bella y elegante jóven por quién suspiraban á la sazón las tres cuartas partes de los *pollos* de Madrid—las de un tenor italiano que enloquecia con su agradable figura, su fácil canto y sus finos modales, á todas las muchachas disponibles y á muchas que ni lo uno ni lo otro eran ya— y las de otras figuras notables que por entonces encerraban los muros de la heroica capital.

A decir verdad, el pincel autor del anónimo, anduvo un tanto escaso en la esposicion de figuras femeniles, ó se consideró poco á propósito para trasladar al papel las be-

llísimas facciones de algunos astrós de aquel cielo.—Si esto no fuera así, ¿cómo hubiera prescindido de colocar en primer término el magestuoso continente y simpática expresión de la que entonces era conocida por *la bella de las bellas* y descollaba entre las mayores por su gracia y gentileza?—¿Cómo olvidar tampoco á aquellas dos hijas de un elevado diplomático, que en los salones parisienses colocaron tan alta la fama de la belleza española?—¿Ni aquellas otras tres hermanas, también hijas de un grande de España, que eran el original vivo de las gracias mitológicas, y en cuyo *album* escribía el correcto poeta don Ventura de la Vega, (entonces pollo también) esta ingeniosa décima con alusión al juicio de París?

«Las tres diosas, según creo,  
que la poma contendian,  
tan hermosas no serian  
como las tres que aquí veo;  
con su difícil empleo  
pudo, al fin, París cumplir;  
mas si hubiera de elegir  
entre tan lindas hermanas,  
á no tener tres manzanas  
no pudiera decidir.»

La mejor hora, la hora propia y mas brillante del paseo del Prado, era entonces de una á tres de la tarde, en invierno; en aquellos momentos en que, bañado espléndidamente por el vivo sol de Madrid, permitía á los concurrentes ostentar las gracias de la persona ó el primor de su atavío.—Comiase entonces indefectiblemente á las tres, y por lo tanto no podia prolongarse el paseo mas de aquella hora; pero en ella el espectáculo que ofrecia el hermoso

salón era magnífico y fascinador.—Las pieles y bordados, los terciopelos y encajes, los diamantes y pedrerías, que ahora podrían parecer exageraciones de mal tono, y fuera de su lugar en un paseo público, eran entonces requisitos indispensables, obligados adornos de la escogida y brillante sociedad que frecuentaba el Prado á tales horas; y mezclados con los uniformes de los guardias de Corps y de infantería que por entonces no se reservaban exclusivamente para los actos del servicio, antes bien gustaban de ostentar sus colores, galones y bordados ante los grupos de las bellas aficionadas: hasta los reposados y vetustos *equipages* en que á impulso de dos modestas mulas dejaban conducir por el paseo de la izquierda sus encumbradas personas los altos funcionarios y magnates; y los mismos silenciosos grupos de ancianos respetables, consejeros y religiosos, que en pausado movimiento y frecuentes altos se veía deslizar por el lado de San Fermin; todo ello, en fin, constituía un espectáculo tan original y característico de la época, que de ninguna manera podría adivinarse por el que presenta hoy este mismo Prado y esta misma sociedad.

Aquella, como dijimos arriba, era *pollo* también.—Todavía no había sido agitada mas que pasajera y superficialmente por los grandes cataclismos y revoluciones: todavía apenas había sentido el vértigo agitador de la política, el movimiento de la vida pública, las osadas aspiraciones al poder, el frenesí del mando, y el menosprecio de la autoridad y la tradición.—Las enconadas discusiones, las asociaciones turbulentas, los *pronunciamientos* y *complots* de los años anteriores, la estaban rigurosamente prohibidos: carecía de prensa periódica, de tribuna y de plaza pública. Tampoco había visto aun introducido en literatura el llamado *romanticismo*, ni el *gas* ni el *vapor* ni la *electrici-*

*dad* en las ciencias y en las artes, ni el sabor extranjero en los usos, en las leyes, y en el idioma vulgar.

Los jóvenes *lechuguinos*, *elegantes* ó *tónicos*, que habían sustituido á los anteriores *pisaverdes*, *petimetres* ó *currutacos*, y que formaban la parte mas tierna de aquella sociedad, no habían podido figurar en los anteriores acontecimientos de los años 20 al 23, ni aun conservaban apenas memoria de ellos; no habían viajado ni emigrado, ni aprendido en el extranjero principios ni modales; no tenían ambiciones políticas, ni tampoco pujos literarios; frecuentaban *pro forma* las áulas de Alcalá, ó las de los padres escolapios, las de los jesuitas de San Isidro y el seminario de nobles, ó el colegio de cadetes, para seguir por sus pasos contados una carrera que les permitiese en adelante abrir un bufete, entrar en una oficina ó ceñir la espada y marchar á *servir al rey*.—A ninguno de aquellos pollos les pasaba por las mientes el mas mínimo asomo de impaciencia ambiciosa; ni era tampoco posible improvisarse en el mundo á los veinte ó menos años bajo el aspecto de hombre de importancia, de político consumado, de periodista audaz, de fogoso tribuno, ni de *distinguido* literato: ni tomar por asalto las grandes posiciones de la diplomacia, de la magistratura y de la administración.—Contentos y satisfechos con su afortunada edad juvenil, dejaban voluntaria y graciosamente aquellas ambiciones, aquellos puestos, aquellos cuidados á sus padres y abuelos; y entretanto, á vueltas de los indispensables y respectivos estudios de la lógica, de la jurisprudencia y de las matemáticas, de la ordenanza ó de la partida doble, dedicaban las horas de vagar á los devaneos propios de la edad, al cultivo de las modas, al ameno estudio de la música ó la danza, al primor del Prado, á los amores de balcon ó á las tertulias de confianza.

Estas (no decoradas aun con el exótico nombre de *soirées*), no ofrecían, es verdad, el espléndido y deslumbrador aparato que posteriormente han presentado á nuestros sentidos, en elegantes salones, suntuosamente decorados y alumbrados; ni brindaban como éstos, á la brillante y numerosa concurrencia los vivos goces de un bullicioso baile, de un brillante concierto ó de un opíparo festín.—Limitábanse, pues, por lo general, á la reunion diaria de media docena de familias conocidas, cuyos individuos de diversos sexos, edades y condiciones, se agrupaban y entendían en sabrosas pláticas, en tiernos coloquios, ya en derredor del antiguo y prosáico *brasero* en invierno, ya delante de balcones y miradores en verano; ó bien en torno de una ancha y prolongada mesa improvisaban una modesta partida de *lotería*, ó en movibles y animados grupos, armaban alegre zambra en sencillos *juegos de prendas*, que si ahora parecen pueriles é *incompetentes* á nuestros encumbrados mancebos, envolvían para los de entonces mas interés y ocasionaban mas peripecias que todos los dramas modernos.—O bien en ciertos dias solemnes, en que se celebraba el santo del amo de la casa, ó la salida del primer diente del mayorazgo, reforzabase el instrumental del piano *de cinco octavas*, con un mal violincejo de seis pesetas por noche, con que poder lucir su habilidad é ingeniosas combinaciones los cabececeras de contradanza, los *rigodonistas* y *gaboteros*, los fundadores y secuaces de la *Greca* ó de la *Bolangere*; ó bien se convidaba al señor *Tapia* ó á otros diestros tañedores de vihuela y entonadores primorosos de lindísimas canciones andaluzas, para que se sirviesen concurrir á amenizar la reunion; y la señorita de la casa, venciendo tambien su natural timidez, solia alternar al piano con las patéticas canciones de la *Atala* ó de la *Valliere*, electri-



zando luego á la concurrencia, en bien diverso tono, con la espresiva del *¡Caramba!* ó con la de *¡Madre unos ojuelos vi.....!*

Tales como quedan descritas eran las diversiones privadas, la sociedad íntima de aquella época; las públicas se reducian á un mal teatro de verso, y otro recientemente destinado á ópera italiana.—En el primero, con la muerte del insigne actor *Isidoro Maiquez* habia desaparecido la tragedia; con el silencio ó emigracion de los buenos escritores, estaba á punto de desaparecer la comedia tambien.—*Gorostiza*, que en su *Indulgencia para todos* y su *Don Dieguito* habia alcanzado á colocarse en tan buena opinion como continuador feliz del ilustre *Moratin*, estaba tambien expatriado como éste, Quintana, y el duque de Rivas; y hasta las dos joyas de nuestro repertorio moderno, *El si de las niñas* y *La Mogigata*, se hallaban proscritas por una censura necia y suspicaz.—*Breton*, que empezaba entonces su espléndida carrera, aun no habia escrito *A Madrid me vuelvo*, ni la *Marcela*, y solo dejaba adivinar la indole de su talento en su primera produccion *A la vejez viruelas*, representada el año anterior. *Gil Zárate* llamaba tambien la atencion con sus dos primeras comedias *¡Cuidado con las novias!* y *Un año despues de la boda*; y *Carnerero* se habia encargado de abastecer al teatro, á falta de originales, con las traducciones y arreglos de los dramas de *Picard* y *Duval* y de las piececitas de *Scribe*.—Todas estas producciones, estrañas ó indigenas, mezcladas indistintamente con las de los Comellas, Zabalas y Arellanos del pasado siglo, eran bastante mal representadas por los actores de la época, entre los cuales figuraban los *Avecillas*, *Ponces*, *Infantes*, y *Silvostris*, habiendo sin embargo, algunas honrosas escepciones, especialmente en el característico y barbas, en cuya cuerda alcanzaba

gran suceso *Eugenio Cristiani*, *Joaquin Caprara*, *Rafael Perez* y *Gertrudis Torre*. El gracioso estaba ya vinculado, como lo fué hasta estos últimos años, en el eminente *Antonio Guzman*, verdadera tabla de salvamento de las empresas y compañías, y legítimo encanto del público matritense; y los galanes *García Luna* y *Carretero*, y las damas *Concepcion Rodriguez*, *Agustina Torres* y *Manuela Carmona*, tenían justamente sus respectivos apasionados.

Pero la palma de la victoria en el concepto público la obtenia por entonces nuestro antiguo y magnífico repertorio, y con especialidad el del ingenioso y maligno *Tirso de Molina*, que habia exhumado del olvido el discreto y erudito poeta don *Dionisio Solís*. Aquellas comedias, además de su mérito intrínseco y de las gracias inagotables de que están sembradas, tuvieron la fortuna de dar en manos de actores que supieron representarlas admirablemente, y como no han podido serlo despues, y la de caer tambien en gracia al rey Fernando VII, que las escogia con preferencia cuando habia de asistir al teatro. *Don Gil de las calzas verdes*, *Marta la Piadosa*, *La Villana de Vallecas*, *Por el sótano y el torno*, *Amar por señas*, *Mari-Hernandez la Gallega*, *El castigo del pensé qué*, *El vergonzoso en palacio* y otros bellisimos dramas de aquel peregrino ingenio fueron por entonces tan discretamente presentados en la escena por la *Antera Baus*, la *Josefa Virg*, *José García Luna*, *Juan Carretero* y *Pedro Cubas*, que nada estraño tiene que conquistasen el favor del público.

Este triunfo, sin embargo, no fué exclusivo ni permanente, teniendo que luchar con el entusiasmo producido al mismo tiempo por la organizacion de la ópera italiana, con un esplendor á que no estaba acostumbrado Madrid.—La nueva compañía que habia sustituido

á la en que figuraron la *Lorenza Correa*, la *Adelaida Sala* (despues condesa de Fuentes) y la *Dalmani Naldi*, *Luis Mari* y *Juan Capitani*, estaba compuesta del tenor *Montresor*, el bajo *Maggiorotti*, el bufo *Vaccani*, la *Cortessi*, tiple, y la *Fábrica*, contralto, con el célebre compositor *Mercadante* de maestro al cémalo; y dió principio á sus tareas en aquel mismo año (1825) con la graciosa ópera del propio maestro, titulada *Elisa é Claudio*, que produjo en los madrileños un verdadero frenesí. La *Celmira*, el *Coradino*, la *Ceneréntola* y la *Gazza Ladra* de Rossini, y otras muchas óperas de esta importancia, fueron sucesivamente alimentando aquel entusiasmo; y el aparato escénico y la brillantez del espectáculo, la novedad y la moda, hasta las anécdotas y dotes personales de los cantantes, acabaron de subyugar el gusto público hasta un extremo singular.—Se vestia á la *Montresor*, se peinaba á la *Cortessi*, se cantaba á la *Maggiorotti*, y las mugeres varoniles á la *Fábrica* causaban furor en el Prado. ¡Dichosa sociedad en que, á falta de motivos mas hondos de discusion y de rivalidad, se dividian los ánimos entre las modulaciones de un tenor y las arrogantes excentricidades de un contralto!

En política se ocupaban las gentes en obedecer y callar.—Demasiado abusaba desgraciadamente el gobierno de entonces de su fuerte posicion: demasiadas lágrimas hacia derramar á una parte de la poblacion complicada en los acontecimientos anteriores: pero no es nuestro objeto el trazar estos sangrientos y repugnantes episodios, y solo sí presentar el cuadro general de aquella sociedad.—Dejemos, pues, á la mínima parte de ella que por inclinacion ó por desgracia se ocupaba en la política, conspirar secretamente y con gran peligro en los calabozos y subterráneos, corresponderse en misteriosos signos con los emi-

grados en el extranjero, aguzar los puñales de su venganza, y recordar con dolor las violentas escenas de su derrota.—Esta porcion escepcional de la sociedad, no entra afortunadamente en los risueños grupos de nuestro cuadro, ó queda en la sombra y en segundo término para servir de contraste al principal.

La juventud infantil de la época (que es de la que hoy nos ocupamos) no conservaba de la política bulliciosa mas que un recuerdo vago y repugnante de las asonadas y asesinatos, de los *trágalas* y patrióticos *clubs*.—*Lorencini* y la *Fontana de Oro*, teatro que fueron antes de aquellas desentonadas escenas, eran entonces dos concurridos y prosáicos cafés, refugio el primero de oficiales *indefinidos* y de ociosos indefinibles, que se entretenían en mascar, á falta de otra cosa, la *Gaceta* (que solo veía la luz pública tres veces por semana) y en hacer sinceros votos por *Ipsilanti* ó *Maurocordato*, por *Colocotroni* ó por *Canaris*, los héroes del alzamiento de la Grecia moderna; y el segundo (*la Fontana*) punto de reunion de los hombres graves, ex-políticos, afrancesados y liberales, era un establecimiento... donde se servía buen café.—Ya el reducido, contiguo al teatro del Príncipe, comenzaba por aquel tiempo á tomar proporciones de *Parnasillo*, con cuyo titulo fué conocido despues; aunque á decir la verdad, entonces no podia existir tal Parnaso ni chico ni grande, por la sencilla razon de que no habian amanecido aun los poetas de la nueva cosecha que despues le poblaron, y que de los antiguos solo el anciano *Arriaza* y el amable *Carnerero* eran los frecuentes comeasales.—Por lo demás, las opiniones literarias de la época, eran no leer; los escritores, en tal orden de ideas, venían á ser muebles escusados; y el juez de imprentas no tenia mas ocupacion que la que le dada dos veces por semana el insípido *Correo mercantil*.

La ocupación mas importante de aquellas calendas, y que envolvía cierto carácter á la vez religioso, político y popular, era el *Jubileo del año Santo*, para celebrar el cual se improvisaban diariamente magníficas procesiones, en que figuraban la corte, los tribunales y oficinas, las comunidades, cofradías y establecimientos de beneficencia, desplegando á porfía su celo religioso y su pompa mundana, para ganar, al paso que las indulgencias de la Iglesia, los favores y protección del gobierno del Estado.—También la juventud de la época, que todo lo convertía en sustancia, que de todo hacia chacota, así de las asonadas de antaño como de las rogativas de ogaño, asistía con entusiasmo á las iglesias y las procesiones, siquiera no fuera mas que para recrear la vista con la prodigiosa variedad de uniformes, hábitos y medallas de las corporaciones, comunidades y cofradías; ó para entablar á vueltas de ello sus amores y galanteos con las devotas penitentes que poblaban templos, calles y balcones; para echarla, en fin, de *sprits forts* y para armar algazara y reir indecorosamente (por desgracia no sin motivo) oyendo las escentricidades del padre *Ayusto* ó las piadosas blasfemias y ridículos apóstrofes de *fray Gabriel de Madrid*.

Aquella juventud, alegre, descreída, frívola y danzadora, con el transcurso de los años, la experiencia de la vida, y las revueltas de los tiempos, se convirtió despues en representante de las nuevas ideas de una nueva sociedad.—Una parte de ella, arrastrada por los sucesos de la época, por las opiniones políticas, por su pundonor ó compromisos particulares, desapareció luchando en los campos de batalla, en la tribuna y en la prensa. *Campo-Alange y Diego Leon; Roncali y Urbistondo; Larra y Espronceda; Abenamar y Donoso Cortés*, bajaron al sepulcro con nombres gloriosamente ennoblecidos; otra parte, viva aun,

continúa no sin gloria aquella lucha animada, aquellas lides del talento y del valor.—Algunos de aquellos imberbes mancebos ó *pollos* que arriba quedan borrajeados, conducen nuestros ejércitos á la victoria, y se llaman *O'Donnell* y *Concha*; *Narvaez* y *Córdoba*; *Pezuela* y *Marchessi*; otros brillan en la tribuna ó se sientan en los consejos de la corona, y se llaman *Olózaga* y *Caballero*, *Escosura* y *González Bravo*, *Pacheco* y *Roca de Togores*; otros, en fin, cultivan modestamente las letras, y firman sus escritos con los nombres de *Hartzembusch* y *Ventura de la Vega*, *Ochoa* y *Ferrer del Rio*, *Gayangos* y *Vedia*, *El Estudiante*, *El Solitario*, y...

#### EL CURIOSO PARLANTE.

*Este artículo, publicado en el periódico LA ESPAÑA del día 6 de marzo de 1860, fué encabezado con las líneas siguientes, que el autor reproduce aquí, no por lo que le favorecen, sino para consignar su agradecimiento á la redacción de aquel ilustrado periódico, por un elogio tan inmerecido como inesperado.*

«Con el mayor gusto insertamos el siguiente artículo, animado cuadro de otros tiempos y otras cosas, debido á la correcta y elegante pluma de uno de nuestros primeros y más renombrados escritores. La firma que lo autoriza es la mejor recomendación que de él pudiéramos hacer. Calcúlese lo que hoy se estimaría un nuevo ó desconocido cuadro de Goya, y se comprenderá en cuánto apreciamos el que hoy nos regala el *Curioso Parlante* con las figuras de una generacion que ha empezado ya á desaparecer de nuestra vista.

«Reciba el tan modesto como fecundo y ameno escritor de costumbres el homenaje de nuestra gratitud, por haber elegido al periódico LA ESPAÑA, para honrar sus columnas con esta nueva produccion de su ingenio.»

**POBRES VERGONZANTES.**

Hay en Madrid ciertas profesiones ú oficios, que no por no estar sujetos á la contribucion industrial, ni obtener patente de invencion, ni cédula de usufructo, dejan de ser mas ó menos lucrativos, y de bastar con su producto al sustento, y hasta al regalo de los que en ellos se ejercitan. Su escala es infinita; el campo que benefician inmenso; desde el tributo modesto que arrancan á la pública caridad, hasta los régios favores del poder y de la fortuna; desde la mezquina sobra de la mesa del pobre, hasta la brillante carroza y el espléndido festin del magnate; desde el umbral humilde del asilo de San Bernardino, hasta las mismas cámaras del palacio real.

A esta industria colosal, aunque clasificada en diversas gerarquías y condiciones, se acogen y agrupan, segun su respectivo instinto, medios y ventura, aquella inmensa cohorte de individuos que sin mas facultades que las tres del alma, sin mas oficio que el de vivir, sin mas porvenir que el del presente dia, amanecen en todos ellos sin saber á punto fijo si comerán ó no, dónde y á qué hora, se preguntan si llegada la de acostarse tendrán para reclinar su cabeza alguna cosa mas blanda que los soportales de la

Plaza, ó los bancos del paseo del Prado; y sin embargo, aquel día pasa, y se encuentran con la agradable certidumbre de que han almorzado, comido y cenado á costa agena, que han lucido sus personas (muchas veces en coche) por calles y paseos, que han asistido á espectáculos, á bailes y tertulias, que han disfrutado, en fin, de los mismos placeres y regalos que los duques de Osuna ó de Medinaceli.

No todos, es verdad, pueden prometerse tan lisonjero resultado de sus trabajos; pero tampoco todos tienen tantas necesidades, tantas exigencias propias, mas ó menos involuntarias, que satisfacer; no todos disponen de un capital igual de ingenio y ventura que aplicar á aquel juego; pero todos ó casi todos, por escasos que sean sus medios de accion, consiguen imponer el censo de su existencia sobre la debilidad ó el orgullo ageno; todos están seguros de alimentarse aquel día, seguridad que no tiene muchas veces el laborioso jornalero, ó el honrado menestral. La indigencia para ellos es un estado: los dones indiscretos de la vanidad y del orgullo hacen florecer su mendicidad.

Los mas numerosos y modestos de estos vividores impertérritos, se colocan francamente en la posicion de *po-bres vergonzantes*, ó «mendigos encubiertos y pudibundos» (segun la definicion del *Diccionario de la lengua*), escogiendo una actitud mas ó menos patética para implorar la caridad agena.

Un militar retirado ó de reemplazo, cubierto de cicatrices mas ó menos honrosas, tuerto de una pierna y manco de un ojo, con un muestrario en el pecho de cintas mas ó menos verdes, azules ó encarnadas, se presenta, v. g., muy de mañana en vuestro despacho con cierto continente marcial y cierto desembarazo de campaña, y os hace pre-



sente que á la hora que corre (son las ocho y media), aun no se ha desayunado ni fumado un cigarro; y vosotros, que á la sazón os hallais, por ejemplo, en bata y chinelas, sentados en una cómoda butaca entre la chimenea y el velador, y sobre este despachais, que supongo, el complicado espediente del chocolate ó del café, no teneis qué contestar á una interpelacion tan oportuna, no podeis resistir al espectáculo de tan acerbo infortunio, y acabais por alargar la cafetera y la petaca á aquel héroe no comprendido, á aquel Belisario de pié y medio.

O bien una encubierta dama, viuda de no sé que intendente del Cuzco (en tiempos que habia Cuzco y se estilaban todavia intendentes), entra sin anunciarse, y os regala la historia de las conquistas de América desde Cristóbal Colón hasta Lola Montes, y los méritos y servicios del que Dios tenga en descanso, en la sorpresa de Buenos-Aires ó en el sitio de Panzacola; todo para deducir que la debeis dar un duro porque ponga un término á su histórica narracion y os deje en paz.

Ya es un patriota desdichado, víctima de la revolucion ó de la política, cuya manutencion pesa como un censo enfiteutico á cargo del partido á que dice que perteneceis, segun el boletin de suscripcion que os presenta, cubierto de las firmas mas respetables y eufónicas, y al que llamaríamos el *Album del infortunio*, si no estuviera tan sucio por los borrones ajenos y por las manos cigarrasas del poseedor.

Ya es un mal parado cesante, rueda descompuesta ó averiada de la máquina administrativa, que os recuerda vuestras antiguas relaciones infantiles de la escuela, que os viene á encarecer vuestro mérito, vuestra fama, vuestra bondad de corazón, y que acaba por exigiros el debido tributo de tanta gloria, convidándose á comer en vuestra

compañía, ó prestándose á admitir cualquier otro agasajo igualmente voluntario que le hagais.

Ya, en fin, nuevo anacoreta perseguido, teneis que hacer frente á una funesta tentacion disfrazada bajo la forma de dos gentiles doncellas, hijas de viuda enferma é imposibilitada de acompañarlas, que vienen en alas de vuestra buena fama, y atraidas por el imán de vuestro tierno corazón, á desahogar con vosotros su angustiado pecho, á interponer su belleza, sus lágrimas y ternura en favor de la horfandad y de la miseria, á dejaros las señas de su triste retiro, las horas en que podeis acudir á remediar su desconuelo, las bases del arancel á que podeis obtener sus mas tiernas simpatías.—Y vosotros (que supongo no estareis á la altura de fortaleza de un Antonio ó un Gerónimo, y que no teneis á mano un guijarro con que castigar el pecho para distraerle de aquella formidable embestida) tomais la tarjeta de la casa, os informais de las horas de recibo, y estudiáis el arancel de su gratitud; y trocando los papeles, os dirigís *vergonzantes* á solicitar los favores de aquellas pobres recatadas.

No es solo el sexo débil y hermoso el que pone sus gracias y mérito personal á esta industria lucrativa; tambien el hombre, sobre todo si es buen mozo, sabe sacar partido de los favores que le prodigó la naturaleza, en desquite de los que le negara la fortuna.—Esta posicion de hombre-alhaja, de galan vergonzante, de pasion de lujo, empieza en la equívoca categoría de el *chulito de á pié*, jóven travieso y agraciado de Lavapies ó Maravillas, que acumulando ostensiblemente los oficios de vendedor de fósforos ó de fresa, de billetes de teatro ó de abanicos y sonajeros, no es nada de esto en realidad, sino el señor feudal de ciertas infames mansiones, el sultan secreto de ciertos públicos harenes, el baratero de cierto juego industrial,

el tirano, en fin, seductor y traficante de ciertas infelices mugeres, que le sacrifican su belleza, su juventud y hasta el precio de su infamia, á cambio de un amor que las mas veces se esplica por medio del garrote y la navaja, á trueque de una posesion que casi siempre acaba por conducir-las á la cama de un hospital.

Desde este primero y sucio escalon de la categoría de galanes vergonzantes, hay infinitos que recorrer hasta lo mas alto de la escala, pudiendo citarse entre otros el magnifico cazador ó hermoso lacayo, cuyas hercúleas formas y despejado continente llamaron la atencion de su aristocrática señora, el esbelto mancebo y elegante abonado del paseo, del teatro y de la sociedad, que sirve de prospecto vivo á los sastres y peluqueros, de muestrario ambulante á las fábricas y almacenes; el jóven simpático y arrogante, el apuesto ginete, el intrépido luchador, el desenfadado ingenio, el calavera, en fin, de buen tono, que arrebató la atencion de las mugeres con sus gracias y gentileza, que causa la envidia de los hombres con sus triunfos, su boato y esplendor; y que sin embargo, pasadas las horas de su representacion teatral, se ve reducido á la condicion de galan vergonzante, de humilde y forzado adorador de una ex-deidad del pasado siglo, que vierte sobre su protegido el tesoro de sus gracias y las gracias de su tesoro.

Los hay de estos dorados mendigos que no pueden sin embargo decidirse á encuadernarse en pergamino ni á vender completamente su posesion; pero su deseo de figurar en el gran mundo, de satisfacer las crecidas exigencias de su vanidad, les inclina á esplotar una parte de sus talentos y aptitud, les impele irrisistiblemente hácia las altas clases, hácia las elevadas personas, hácia los magnificos salones y opulentas cocinas.

Estos parásitos infatigables, perpétuos vividores, convidados de piedra á todo festin, asistentes gratuitos á todo espectáculo, comensales de toda sociedad, testigos de toda boda, padrinos de todo desafío-almuerzo, muebles de todo palco, y precisos operarios de todo tocador, tienen la dósis suficiente de ingenio para hacerse, no solo tolerables, sino hasta precisos en ciertas casas, y el cálculo suficiente para buscar solo y cultivar la amistad de ciertas personas, para oler de una legua el olor de ciertas mesas, para anunciar desde dos su mérito, su utilidad y su música celestial.—Los franceses apellidan á este tipo un *viveur*, un *pique assiette*; los españoles solemos designarle con los no menos espresivos de *catacaldos* y *panzas al trote*, ú otros asi; pero á nuestro objeto presente cumple calificarlos con el de *vergonzantes* de buen tono.

No lejos de esta categoría de existencias enigmáticas de *caballeros del milagro*, como se decia en los pasados tiempos, se puede colocar la de los adoradores del albur, desde los que le sacrifican al aire libre en los druidicos altares de las afueras de la puerta de Toledo ó de las alturas de Chamartin, hasta los que llevan la voz y el compás en los áureos salones y perfumados gabinetes. Este género de industria es epiceno ó comun á entrambos sexos, y comprende además de los jugadores, diversos papeles y condiciones, desde el bravo temeron que cobra el barato en las briscas de la Virgen del Puerto, hasta la reverenda matrona que franquea su habitacion para el sacrificio; y concluido éste á las altas horas de la noche, recoge el tributo que los fieles han depositado debajo del candelero.

A propósito de ésta, cuando era mas jóven y podia contar con otro capital de gracias, tambien su fortuna estaba en el candelero, tambien su altar rebosaba de adoradores,

tambien su boato eclipsaba el de las clases mas elevadas. Y sin embargo, nadie la conocia fincas ni rentas de ninguna especie, nadie la sospechaba herencia alguna de su difunto esposo, que al decir de las gentes murió en la cama de un hospital. Nadie tenia, por otro lado, tacha alguna que oponer á su conducta; la numerosa sociedad que frecuentaba sus salones, era lo mas escogido y brillante de Madrid; no habia todavía en ellos discretos gabinetes cerrados con puerta de espejo, ni escaleras privadas, ni veladores con verde tapiz; allí solo se trataba de pasar las horas apaciblemente en sabrosas pláticas, en amorosos suspiros, en ligeras danzas ó en conciertos espléndidos y armoniosos. La señora de la casa, hacia los honores de ella con aquella amabilidad estereotípica de las gacetillas y revistas matritenses, y todas las semanas lograba la satisfaccion de ocupar una buena columna de aquellas con la reseña de la última *inolvidable soirée* de la amable señora de \*\*\*, amenizada con un catálogo razonado de toda la pléyade de bellezas de aquel cielo; catálogo por otra parte idéntico al de la noche anterior, que empezando en la hermosísima y gentil persona de la marquesita de A.... seguia por todas las letras del alfabeto hasta concluir con la fantástica belleza de la condesita de Z.

A toda esta música celestial de gacetilleros y cronistas de tocador, algun indigesto lector solia esclamar:—«Todo esto está muy bueno, ¿pero quién es esa brillante dama, y con qué medios cuenta para sostener todo ese lujo, y para reunir y obsequiar á tan alta sociedad?»—Nadie por entonces hubiera tenido la ocurrencia de calificarla de *pobre vergonzante*, y sin embargo lo era; pero tan solo á ciertas horas del dia, y en presencia de un personaje que por su gracioso conducto tenia la bondad de dispensar los favores, los empleos, los honores y demás *gracias al sa-*

car, á aquellos otros vergonzantes pretendientes que preferían sacrificar una suma cualquiera á frecuentar antesalas años enteros, que hallaban mas cómoda esta via reservada del favor que el difícil camino real de su merecimiento y su ventura.

Otra posicion no menos equívoca del *pobre vergonzante* es la que suele ofrecer el *hombre de paja*, el *ente de razon* de los grandes empresarios, de los grandes políticos, de los grandes industriales, y hasta de los grandes escritores y publicistas: y al revés que á la dama arriba descrita, á quien no se la sospechaban los fundamentos de su fortuna, á estos suelen concedérseles otros de que carecen en realidad; representan empresas colosales, capitales inmensos, trabajos magníficos; pero detrás de todo aquel aparato de decoracion exterior, solo se encuentra el vacío y la indigencia, la miseria de frak negro y anteado guante, la perspectiva de las injurias, de las persecuciones, de los procesos y de las cárceles, con que pagan en cabeza propia las especulaciones, los honores y la grandeza del feliz mortal que pudo comprar un testaférreo.—A este rango corresponde el que prestó su nombre á la monstruosa contrata del capitalista con el gobierno, y que sufre con paciencia las diarias invectivas de los periódicos; el gerente de una sociedad de industriales que, á trueque de un mezquino sueldo, autoriza con su firma los embolismos de aquellos; el editor responsable de un periódico, que tiene que desagraviar á la ley por un artículo que la ley le dice que ha escrito, y que ni siquiera, sin embargo, sabe leer; el otro padre putativo que recibe á beneficio de inventario con la blanca mano del ama de llaves dos ó tres parvulillos nacidos en la casa, ahijados del señor, y que reclaman tambien ante la ley un responsable editor.

No solo la miseria efectiva es la que constituye al hom-

bre en el estado de pobre mas ó menos vergonzante, sino la exigencia propia, la ambicion, el lujo y la vanidad.—Uno de nuestros mas célebres dramáticos antiguos dice muy acertadamente:

«Que no el tener cofres llenos  
la riqueza en pié mantiene;  
que no es rico el que mas tiene,  
sino el que há menester menos.»

cuya exactísima observacion, contraida á nuestro propósito podríamos volver por pasiva de este modo:

No es pobre el que poco tiene,  
sino el que há menester mas.

Con efecto, nadie puede fijar absolutamente los límites entre lo necesario y lo supérfluo; para unos caracteres todo lo que pasa del preciso sustento, del modesto vestido y del mezquino lecho, es lo segundo; para otros todo lo que falta del régio palacio, de la dorada carroza, del suntuoso festin, es lo primero.

Mendigos vergonzantes ó inconfesos son los que á vueltas de una patética relacion, y por precio de una lamentable historia se contentaron con una sobra de vuestra mesa ó una prenda de vuestros vestidos.—Mendigos disfrazados los que poblaron los salones del magnate, ó las antecámaras del poder para obtener títulos y honores de que tenían hambre y necesidad.—Pobre vergonzante el laureado poeta que dedicó las flores de su ingenio á Mecenas que le pagó la impresion.—Pobre menesterosa la jóven belleza que vendió sus gracias y sus favores á precio de una elevada prostitucion, de un rico palacio, de un brillante carruaje, y

de un abono de palco en el teatro Real.—Miserio vergonzante el hombre político que mendigó la candidatura para poder ofrecer un voto mas al ministro de quien todo lo espera; como el fogoso orador que compró á precio de su seguridad, de su salud, de su existencia misma, esa aura popular, esa nube de gloria que mendiga todos los dias desde lo alto de la tribuna.

Pero, en fin, esta es ya otra clase de mendicantes, y aquí, solo quisimos tratar de los calificados en el sentido recto de la palabra. Quizás otra ocasion dando otro giro, vuelo mas estendido al argumento, consideremos la cuestion en su alta esfera, nos las hayamos cara á cara con las sublimes aspiraciones vergonzantes; hoy nos contrahemos á la modesta condicion del que se ingenia para vivir á costa agena sin trabajo, ni sacrificio de ninguna especie, aunque si va á decir verdad, no les creemos por ello indignos de compasion, antes bien diremos con Bartolomé Torres Naharro en su *Propaladia*.

«Trabajo no es menester,  
que si bien quereis sentir,  
harto trabaja el comer  
quien lo tiene que pedir.»



## GUSTOS QUE MERECEN PALOS.

*De gustos no hay nada escrito*, dice el refran, y es una solemne mentira, autorizada, como tantas otras, por una convencion tácita del vulgo; pero por si fuese cierto, y no hubiese nada dicho sobre la materia, yo voy á escribir, yo voy á consignar mi opinion.—Y no hay que taparme la boca con aquel otro apotegma no menos vulgar de que *Sobre gustos no hay disputa*, porque me atrevería á demostrar su falsedad evidente, como que todas las disputas son precisamente ocasionadas por diversidad de gustos, y digan lo que quieran los *Diccionarios* y *Panléxicos* mas corrientes y autorizados, y la *Filosofia vulgar* de Malara, y los *Refranes* de Nuñez, y los *Sinónimos* de Huerta, y el *Tesoro* de Covarrubias, y las *Etimologías* de Cabrera, esta es la verdad, y así me convencerán de lo contrario, como por los cerros de Ubeda.—Punto y aparte.

Ibamos diciendo que la variedad de los gustos ó inclinaciones ocasiona las diferencias sustanciales entre los caracteres humanos, así bien como la disparidad de las facciones imprime diversos aspectos á la fisonomía. De esta infinita variedad física y moral de la especie humana, procede en último resultado su equilibrio y perfecta armonía;

porque no hay duda que si todos nacióramos inclinados á una misma cosa, y esta cosa fuese solo una, entonces sí que serian mas sérias las disputas sobre su gusto y posesion; y si todos y todas fuéramos tambien idénticos en figura, bastaba á cada cual contentarse con la suya, y quedaba destruida por su base la afinidad, la atraccion, la fuerza centrípeta.... Pero nos vamos estraviando en la ideología.... *Retournons á nos moutons*.—Volvamos á nuestros borregos.

Aquí no se trata de disimular el gusto general (que es lo que sin duda quiso prohibir el refran), sobre lo cual desde Aristóteles, y muchísimo antes, hasta Rabadan, y muchísimo despues, se han dicho y escrito muchas y buenas cosas; tampoco vamos á mirar la materia en su aplicacion á la cocina, pues nada podríamos añadir á la espiritual y sabrosa *Fisiología del gusto* de Brillat Savarin; ni bajo su mas sublime y dramático aspecto, del amor, lo cual no podríamos intentar sin ofender la memoria del vetusto Ovidio y del moderno Balzac: ni, en fin, pretendemos engolfarnos en el estudio y análisis de las pasiones, como Alibert ó el padre Huarte; ni aun siguiera en calcular sus fundamentos físicos, con la *Craneoscopia* del doctor Gall, ó la *Frenología* de Cubí en la mano.

Nada de eso: nuestra mision es mas modesta, muchísimo mas reducida: tomamos por hoy de los gustos humanos una módica racion, y salpimentándola como Dios nos dé á entender en nuestra cocina, intentaremos servirla calentita al respetable público que tiene la bondad de honrarnos con su confianza,—y pare V. de contar.

Quede, pues, sentado, que la materia es vasta, inmensa, infinita; que sobre ella se ha dicho mucho y se ha disputado grandemente, y que á pesar de los adagios vulga-

res, todavía dará mucho que decir, muchísimo y recio que disputar; que hay gusto bueno, gustos naturales, heroicos, sublimes y adorables; mal gusto, y gustos ridículos, necios y extravagantes; gustos que reclaman admiración y respeto; gustos que requieren estudio; gustos que piden imitación; gustos, en fin, *que merecen palos*.—De estos últimos, amados oyentes, tomamos argumento para dirigiros hoy nuestra palabra fraternal.

Nadie de vosotros negará el libre albedrío, por ejemplo, á mi vecino don Pánfilo, que disponiendo de una buena renta y salud cumplida, de un humor alegre y una cierta edad (la mas incierta de las edades, segun el poeta inglés) prodiga sus riquezas en espléndidos festines, en magníficas *soirées* á que convida todo el mobiliario manducante y saltarin de nuestros salones aristocráticos, sin duda por la satisfaccion que debe causarle el ver citada su casa en las gacetillas de los periódicos ó en los *Souvenirs* de las coquetas.—Pues este gusto que proporciona á sus amigos y aficionados, además de los goces consiguientes al disfrute de las fiestas del amable Anfitrión, el placer inefable de comentar su vanidad, mofarse de su petulancia y ridiculizar su magnificencia, si van Vds. á oír á sus herederos, á sus acreedores y á sus vecinos, es una usurpacion que comete contra sus esperanzas y derechos, una perturbacion de su reposo, y atentado contra su tranquilidad. Segun los primeros, el gusto de nuestro don Pánfilo es acreedor á encomios, flores y gacetillas; segun los últimos, *merece palos*; y como yo, como vecino, soy de los comprendidos en esta categoría, no hay que preguntarme á cuál de los pareceres me inclino.

A la señora doña Dorotea Ventosa y Panza-al-trote,

viuda de no sé qué título amortizado, la da por el contrario el gusto y la mueve en otro sentido la inclinacion.— No recibe en su casa, pero recibe y admite los agasajos que la hacen en las ajenas; no es caritativa en el sentido directo de la palabra, ni se desprende de una parte de sus bienes en beneficio ajeno; pero es filantrópica á la moda: dirige juntas y comisiones de barrio; inventa rifas caseras, y espnde voluntariamente por fuerza sus billetes y acciones entre todos sus amigos y allegados; no costea las funciones religiosas, las comidas de los pobres, ni la cura de los enfermos; pero pide á la puerta de la iglesia, y cobra, en pro de aquellos objetos sagrados, el portazgo de todo prójimo que pisa sus umbrales; no dispensa favores ni proteccion propia á ningun necesitado; pero recomienda á todo el mundo por medio de cartas á sus conocidos, y á los mas remotos conocidos de sus amigos; asiste á las audiencias de los ministros cargada de esquelas y memoriales en nombre de quien quiera que le confie su pretension; visita á los jueces, y les habla en pro de cualquiera causa que oyó relatar; va á llevar informes officiosos y apologéticos de los criados que buscan acomodo; memorias autógrafas de la condicion y circunstancias de los novios presuntos ó deseados; noticia de las enfermedades y posibles muertes, á los herederos; de mudanzas probables, á los que buscan habitacion; de almonedas y gangas, á los que andan á caza de ellas; de remedios caseros é infalibles, á todo el que padece cualquier achaque; de aniversarios, bodas y bautizos, á los músicos festeros de la murga.— No puede negarse que esta activa matrona es, en cierto sentido, una utilidad social, y que su gusto é inclinacion aparente son dignos de elogio y gratitud; pues con todo eso, no faltan autores que las colocan entre los gustos que merecen.... otra cosa.

¿Y qué recetaremos al del otro ciudadano que sin mas estudios ni opinion propia sobre la ciencia política que los que le suministra cuotidianamente el periódico á que está suscrito, se lanza en los mares borrascosos de la oposicion sistemática contra todo lo existente, de la controversia de todo lo posible, de la propaganda de todo lo hiperbólico ó ideal?—En vano su familia, su casa y sus propios intereses, reclaman su tiempo y su atencion; en vano suscita en contra suya las enemistades políticas, los sinsabores y las persecuciones; en vano sus amigos huyen de su incansable locuacidad y su frenético entusiasmo; en vano sus contrarios pretenden convencerle con las armas del raciocinio. Las tribunas de las cámaras, las redacciones de los periódicos, las mesas de los cafés, las sillas del Prado, los salones del Ateneo, del Casino y de las sociedades privadas; las tiendas de la calle de la Montera, y los corrillos de la Puerta del Sol, son lo teatros cuotidianos, eternos y obligados de sus discusiones y peroratas; los talleres donde produce sus noticias; las fábricas donde elabora y expende gratis sus opiniones.—Entretanto sus enfermos (si es médico), se están muriendo á toda prisa, y reclamando á voces su asistencia y solicitud; sus litigantes (si es letrado), se presentan huérfanos de defensa ante la formidable acometida de la parte contraria; sus discípulos (si maestro), esperan en vano sus lecciones sobre el Fuero Juzgo, la obstetricia, ó la pila galvánica; sus comensales (si fuese negociante), el éxito del recibo de sus géneros, del giro de sus letras ó de la colocacion de sus fondos; sus parroquianos (si almacenista), que abra la tienda para surtirse del azúcar ó el almidon.

Ahora díganme Vds., señores lectores, si en conciencia este gusto de disputar impolíticamente de política, es de aquellos de que dispensa el refran, ó de los que mere-

cen mas bien el epigrafe que cuelga á la cabeza de este artículo.

Pues quiero que no sea tan vago ó indeterminado el objeto de otro *quidam* en la agitacion febril de su existencia y medios de accion; quiero tambien que menos bilioso y acerbo se incline tambien á mirar los negocios públicos por el lado favorable; que su entusiasmo brote espontáneo á la vista de cualquier magnate, ó con la simple lectura de cualquier acto del poder; que nuevo Panglós crea firmemente que todo sucede por el bien, y que este mundo es el mejor de los mundos posibles; que la eterna sonrisa de sus labios, en fin, y la movilidad elástica de su espina dorsal, den á conocer á primera vista la ductilidad de sus opiniones, la moderacion de sus deseos y la actitud curvilínea del humilde pretendiente.

Mueble obligado de toda antesala, adorno exótico de toda escalera, y figura saliente de todo tapiz, nuestro tipo (á quien para ser mas original suponemos poseedor de una regular fortuna, de una independiente y dorada medianía) espía desde aquellos modestos recintos el semblante y las acciones de los ministros y magnates, sonríe á su ceño ó soporta impávido las inequívocas muestras de su desden; su cabeza y su móvil fisonomía aprueban de antemano, antes de haber sido emitidas, las palabras del poderoso; su mano alarga indistintamente á todas las opiniones su esteotípico memorial.—;Y todo ello para obtener una condecoracion ó un uniforme con que realzar su persona; un título fantástico con que disfrazar su nombre, ó un sueldo mezquino con que trocar su independencia y tranquilidad! —Este gusto es un gusto como otro cualquiera (se nos dirá):—verdad es; pero en nuestra humilde opinion *merece palos.*

A otro le suele dar por ocupar su vida en la controversia forense, y repartir entre los ávidos curiales *que han hambre y sed de justicia*, su tiempo, sus bienes y su inmensa é incansable actividad.—Contra estos busca-ruidos no hay derecho seguro, no hay posesion tranquila, no hay independencia asegurada de su furor. Pleiteará con sus vecinos sobre gabelas y servidumbres caseras, con sus arrendatarios por sus condiciones, con su casero por sus plazos, con sus amigos por sus opiniones, con sus criados por sus cuentas, con sus hijos por sus legítimas, y con su muger por su carta dotal. Hallará comentarios que hacer sobre las palabras de todo contrato, evasivas contra toda obligacion, refugios contra todo compromiso, pretextos para toda querella, argumentos para toda demanda, y fruicion en todo intrincado laberinto curial.

A falta de familia y relaciones íntimas, y no teniendo á la mano sugetos sobre que ejercitar su accion y demanda, los buscará y provocará por todas partes: en las reuniones, en los espectáculos, en las calles y paseos; reñirá con éste por haberle quitado la acera, con aquel por no haberse descubierto al saludarle, con el otro porque le miró fijamente, con el de mas allá porque le volvió, sin mirarle, la espalda.—Si tambien llegasen á faltarle cuestiones ó motivos propios sobre que reñir, se mezclará é identificará con los agenos, apadrinará á uno de los contendientes, escribirá los carteles ó arreglará las condiciones del encuentro, y como el maton que pinta Rojas:

«Si el duelo en dos llega á oír  
que satisfecho no está,  
aunque esté acabado ya,  
los hace otra vez reñir.»

Hay quien, mas apacible y armónico, limita sus gustos al placer de no hacer nada, ó á hacer visitas de cumplido (que para el caso es lo mismo); á instalarse todas las noches en un café, ó á pasar todos los dias en pie á la puerta de una tienda; á formar corro delante de cualquier músico ambulante ó perro saltarin; á dar á todo el mundo la razon y aplaudir todo lo que miran; á pescar con caña en el légamo del canal, ó á cazar gorriones en las alturas de Chamartin.—Hay tambien quien toda su atencion convierte hácia el estudio de las modas, y para quien es un suceso el descubrimiento de un nuevo lazo en la corbata ó de un corte nuevo del pantalon.—Y quien consagra su inteligencia y entusiasmo juvenil á componer nuevos apóstrofes á la luna, y á escribir billetes apasionados á la muger que no los comprende, ó composiciones fugitivas al público que los huye á mas no poder.—Para estas existencias bienaventuradas no hay anatema posible; contra estos gustos inofensivos no hay armas en nuestro arsenal; pero el lector juzgará si es afectada nuestra reticencia, ó si en realidad pudiera ser aplicable á ellos el consabido remedio.

De aficiones inocentes son tambien calificadas las de aquellas jóvenes doncellas melindrosas y traviesas que reparten su vida entre los cuidados de su tocador y los cariños del falderito habanero ó del gatito de Angola; entre la enseñanza del loro indiano, del pintado rruiseñor ó de la rústica codorniz, y el riego de sus macetas ó el telégrafo de balcon; y que se pasan las noches de claro en claro, entre un tomo de Zorrilla y una entrega de Eugenio Sué, y los dias de turbio en turbio, alarmando constantemente á la vecindad con los *rinforzandos* de su piano, ó las *fermatas* de su garganta; que sostienen una activa corres-



pondencia con medio café Suizo y medio Casino, y que saben de memoria el escalafon del ejército, y tienen abierta á cada oficial su hoja particular de servicio; que provocan continuamente á músicos, pintores y poetas á pagarlas tributo en su *Album* correton; que son indispensables acompañamiento y precisas operarias en todo simulacro militar, en toda procesion religiosa, en todo paseo, asonada ó reunion popular; que, prospectos vivos de las modas parisienses y muestrarios ambulantes de fábricas y almacenes, ofrecen á sus aficionados (*amateurs*) sus agraciadas personas, *ilustradas* con toda clase de dibujos y caprichos, grabadas con todo el primor del arte por sus manos mismas, y estampadas en el papel continuo de su gracia coquetil.

Ediciones populares y económicas, aun mas que las de las bibliotecas á *real la entrega*, pues que se ofrecen á nuestro estudio y á nuestras miradas *gratis et amore*, «con gracia y con amor,» que traduciria libremente alguno.— ¿Quién ha de ser el cruel que decrete castigo, y castigo tan cruel, á tanta filantropía? ¿Quién el que enarbole el látigo de la sátira contra gustos tan humanitarios? Seguramente que á ellos si que no pega lo de los palos; pero por si pega ó no, bueno será consignar aquí la duda.

Algo menos indulgentes pudiera ser que nos mostrásemos con la vetusta matrona que, no sabiendo ó no teniendo á mano á quien darse (despues que el mundo y la carne la abandonaron y hasta el diablo la volvió la espalda asustado de su rugosa faz), está dada á perros y á gatos, y cuida amorosa y maternalmente hasta una docena de ellos, en cuyo sustento y educacion científica emplea las tres cuartas partes de su módica viudedad; ó la que, convirtiéndola su persona en *ánima vili* de esperiencias médi-

cas, busca alternativamente á sus soñadas dolencias remedios infalibles en los glóbulos homeopáticos, ó en los pases magnéticos, en los baños de la hidropatía ó en el vomipurgante de Le-Roy; bello ideal de médicos y boticarios y á quien de seguro no recetarán estos el remedio que cuelga por cabeza de este artículo:—tampoco la hacienda nacional tendrá motivos de queja contra la otra, cuya nariz, bomba aspirante de rapé, contribuye largamente con esta *indirecta* al sostenimiento de la industria cubana;—ó de la que, infatigable cabalista de ambos y ternos, cambia cada quince días sus doblones positivos por los fugaces papelititos de la renta;—por último, nada diremos de la que abandona la aguja y el dedal por la pluma y el tintero, y escribe coplas eléctricas, á mil oscilaciones por minuto, ó novelas vaporosas de la fuerza de cuarenta caballos; porque para éstas no sabemos si será bastante el remedio, á no ser propinado en el nuevo establecimiento de Leganés.

Llamaremos, en fin, la atención del lector hácia los gustos y aficiones igualmente inocentes del honrado ciudadano, «buen padre, buen esposo, y buen salchichero,» que le da por mangonear en cofradías y en hermandades, por disponer ó presidir entierros, por concertar ó repartir candidaturas para las elecciones, por intrigar, tal vez en nombre propio, para servir una carga concejil.—Consignaremos ex-profeso el gusto del otro individuo-ómnibus, que á trueque de que se lo llamen, sirve de *hombre bueno* en todos los juicios conciliatorios, ó por parecer actor hace de persona *que no habla* en todas las comedias caseras;—el del autor novel que acomete á todo viviente con la lectura de sus mamotretos;—el del aplaudidor gratuito de todo espectáculo, del convidado de piedra á todo festín, del poeta repentista de todo brindis, del cantor aficio-

nado de todo desconcierto musical.—Respetaremos el gusto del pretendido numismático que trueca las monedas áureas isabelinas por roñosas medallas celtiberas, acuñadas en la fábrica de Segovia; el del aficionado que llena sus galerías de Rafaeles y Murillos *póstumos*; el del erudito que anda á caza de libros, impresos antes de Guttemberg.—Muchos de estos bibliógrafos, cuadrófilos ó medallívoros no tienen otro objeto en sus colecciones que obedecer á su instinto de colectividad, ó cultivar la ciencia; en tal caso no hay para qué decirles una palabra, tanto mas cuanto que en el pecado llevan la penitencia; pero los hay de ellos que con sus monedas y antiguallas pretenden comprar la opinion de sábios profundos, de inteligencias fósiles, y organizaciones antidiluvianas; hay tambien quien llena sus aristocráticos salones de aquellos magníficos mamarrachos, con el objeto ostensible de pasar por artistas y Mecenas espléndidos; y quien diligente escudriñador de libros y mamotretos viejos, los reune y apila con el único objeto de sustraerlos á la circulacion, de monopolizar su disfrute, de estancar en sus manos su anhelada propiedad; verdaderos Harpagoes literarios, que ya nuestro Quevedo adivinó cuando dijo:

«No es erudito, que es sepulturero  
 quien solo entierra cuerpos cada día:  
 bien se puede llamar libropesía  
 sed insaciable de pulmon librero.»

A estos y otros gustos por el estilo pudiera aplicar su teoría el célebre y discreto autor de la *Apologia de los palos*.

Por lo que á nosotros toca, y á pesar del título demasiado brusco, con que hemos encabezado este artículo, ya

se sobreentiende que no fué nuestra intencion aplicarle en su sentido estrictamente vegetal, ni diria bien con nuestra suave condicion y blanda correa, tan material y grosera demostracion.—Quisimos decir cuando hablamos de palos (y no se entienda por esto que vamos á entonar la palinodia), que hay refranes para todo; y que si hay uno que dice: *Sobre gustos no hay disputa*, hay otro que responde; sí, pero *Gustos hay que merecen...* las gracias, por habernos dado materia para probar que se puede escribir sobre ellos.

## INDUSTRIA DE LA CAPITAL.

---

Hay mentiras afortunadas, que echadas á volar al acaso y tal vez sin la menor intencion de hacerlas valer, arraigan, prenden y fructifican en la mente del vulgo, anulan y contradicen su razon, ofuscan sus sentidos y se apoderan, en fin, de la pública opinion en términos, que no hay ya antorcha posible que la ilumine, ni hecho material que logre desengañarla de su querido error: tal es para el hombre la fuerza de la costumbre y la cómoda inclinacion á pensar lo que le dejaron pensado, á repetir lo que le repitieron, á mirar por los ojos ajenos y á juzgar por la aiena razon.

Una de estas vulgaridades añejas, una de estas absurdas paradojas que han hecho fortuna en la mente de nuestro vulgo (y cuenta que para nosotros hay mucho vulgo de guante pajizo y casaca bien cortada), es la que de tiempo inmemorial se viene repitiendo respecto á la nulidad ó insignificancia industrial de nuestro heróico Madrid; en términos, que al decir de las gentes, la capital de la monarquía española es una poblacion parásita é improductiva, tan estéril como un arenal, tan sin consecuencia en

la riqueza pública como una discusion parlamentaria ó como una ley electoral.

Pero, perdonen los que tal aseguran, que dicen un solemne disparate y asientan una estupenda falsedad. Queremos, sin embargo, concederles que la poblacion matriense no sea muy fuerte, que digamos, en esto de la mecánica y de la física; ni entienda cosa mayor de tórculos y cilindros; ni alcance á manejar la lanzadera ni el crisol; ni sepa tampoco qué cosa sea fuerza motriz, materia primera, hornos de reverbero, bombas hidráulicas ni máquinas de presion; ni conozca, en fin, alguno de los términos de la tecnología fabril; pero en cambio no podrá negársenos que posee y domina otros medios industriales, otros agentes ó móviles poderosos, que por lo productivos y satisfactorios no les van en zaga á las ruedas, máquinas y demás agentes industriales. Nos esplicaremos.

¿Qué cosa es industria?—A ver el Diccionario de la lengua, que no puede engañarse ni engañarnos.—«La maña y destreza para hacer alguna cosa.»—Luego si probamos que Madrid es un pueblo donde se emplea y gasta mucha maña y mucha destreza para hacer muchas cosas, razon habremos tenido para dar por sentado que la heroica villa es una poblacion inminentemente industrial.—Si por consecuencia dedujéramos que esta industria produce pingües fortunas y enormes rendimientos, quedará tambien asentada la importancia de Madrid en la balanza mercantil.—Veamos, pues, en qué consisten aquellas primeras materias de produccion, en qué se ejercita esta fuerza motriz, á qué especie de producto viene á reducirse esta industria indígena, esta riqueza comercial, que pone á nuestro pueblo al nivel de los mas industriales de Europa.

La fabricacion mas importante en la villa capital, ya se considere como materia primera para aplicaciones su-

cesivas, ya como producto elaborado y de uso cómodo é inmediato, es la *fabricacion de reputaciones*: fabricacion tan ámplia, que no solamente sirve al surtido de la córte y sitios reales, sino que estiende su comercio y abastece por lo general todos los mercados del reino. Esta poderosa industria, explotada en grande en Madrid, tiene por ricos veneros y por activos talleres la tribuna, la imprenta y la plaza pública.

Además cuenta como poderosos auxiliares, con las tijeras del sastre, el capricho de la moda, el lujo y elegancia de la capital, auxiliares no tan indiferentes que no hayan hecho producir á algun filósofo célebre en esta profunda máxima:—«Lo mas difícil de adquirir en materia de reputacion es un vestido nuevo.»—Todos estos y otros medios poderosos, aplicados á la fabricacion de reputaciones, han recibido con las luces del siglo una estension prodigiosa, han multiplicado infinitamente sus elementos de accion y hecho aplicaciones de procedimientos absolutamente nuevos y desconocidos á nuestros cándidos mayores en tiempos ominosos, ignorantes y semibárbaros, en que no se habian inventado aun la prensa periódica y las arengas tribunicias; las publicaciones á *real la entrega* y las academias á *duro al mes*; las cerillas fosfóricas, ni el alumbrado del gas; ni otros muchos descubrimientos de este siglo creador, aplicados despues por la mecánica intelectual á la fábrica de reputaciones patrióticas, heroicas, científicas, literarias, en prosa y en verso, lumíneas, fosfóricas, eléctricas, vaporosas y pirotécnicas.

En aquellos tiempos menguados de que ibamos hablando, para hacerse un cristiano con su poco de reputacion de surtido, preciso le era sudar la gota tan gorda para averiguar primero los sitios en que se despachaba de tapadillo y con receta, por tal cual aficionado ó empirico

vergonzante (la fabricacion todavía no estaba autorizada legalmente); el cual sitio solia ser la sucia celda de algun padre grave, ó el aseado cuarto de alguna vieja camarista; la sala de juntas de tal cual piadosa cofradía, ó la modesta tertulia de algun ex-consejero de la ex-hacienda real; y luego que nuestro neófito en la córte hallaba entrada en aquellos benéficos laboratorios, en aquellos santuarios de la fama, si queria iniciarse en sus misterios, participar de sus dones y labrarse á gran costa su poquito de opinion, forzoso le era asentar su nombre y contribuir con sus servicios y sus limosnas á las necesidades del convento ó de la cofradía, acompañar á sus devociones á la camarista pergamínosa, ó hacer la partida de tresillo al consejero secular; y ¡quién sabe si alguna hermana fiambre de aquella, ó alguna sobrina trasnochada de éste, no le reservaba con su blanca ó negra mano, y por via de arras matrimoniales, una reputacion completa, intacta y dispuesta á servir al portador!—Esto y mas solia obtener la medianía perseverante, el continente modesto, el lenguaje meliflúo y lisonjero y cierta flexibilidad elástica en la espina dorsal. Pero una vez llegado á adquirir nuestro hombre su correspondiente título de *mozo de provecho*, espedido por aquellas cancillerías, ya era apto para empuñar una vara, ó para regentar una cátedra, para lucir un baston de intendente ó los bordados de la covachuela.

Hoy, bendito Dios, es otra cosa; y la fabricacion de reputaciones se verifica públicamente, sin sujecion á estanco ni monopolios, á puerta abierta, á cielo raso, y sin adminículos de títulos y diplomas.—Las innumerables columnas de los periódicos, la tribuna del parlamento, los salones políticos y aristocráticos, las asambleas científicas y literarias, las mesas de los cafés, el escenario de los teatros, las sillas del Prado, las tiendas de la calle de la Montera y



los corrillos de la Puerta del Sol; todos estos y otros muchos sitios son otros tantos infatigables y públicos talleres de reputacion á precio y período fijo, por años, por meses, por dias y hasta por horas, fabricada á la mecánica ó al vapor, pregonada á grande orquesta ó con el solo obligado de bombo, confeccionada de pacotilla ó de superior calidad; v. g.

Aparece en cualquiera de nuestras provincias un mancebo despierto y lenguaraz, que despues de haber cursado bien ó mal sus diez años en cualquiera de nuestras mil y una universidades, y aprendido lo que en ellas se aprende, se encuentra á los veinte y cinco con que si ha de utilizar su talle y su despejo en pro de su fortuna, si ha de conquistar con ellos una ventajosa posicion social, tiene, si es jurista, que encerrarse en el estudio práctico de un letrado, que envolverse en el fárrago de los alegatos y en las cláusulas estrambóticas del foro; si médico, ha de asistir diariamente á las salas del hospital, á los anfiteatros anatómicos, á la cabecera de un moribundo; si pretende juzgar á sus semejantes armado con la vara de la justicia, forzoso le será emprender la larga y dudosa carrera del pretendiente; si aspira á lucir sus conocimientos en la enseñanza, ó desea, en fin, abrazarse con la santa madre iglesia, y ocupar un puesto en un capítulo, tiene (segun el antiguo régimen) que hacer oposicion á la cátedra ó á la prebenda.

Todo esto es muy largo, difícil y de dudoso éxito para quien ha nacido bien entrado ya este siglo de las luces eléctricas, y para quien siente en su alma el gérmen de la elevacion y el instinto gubernamental. Pero reconociendo que no es bastante el que él lo sienta, sino que es preciso, absolutamente preciso, que asi lo reconozcan los demás;—¿qué hace nuestro mancebo?—Coge y se embaula en uno

de los carruages de las diligencias generales, y al cabo de algunas horas de tumbos y trasnoches, da fondo en plena calle de Alcalá de nuestra villa capital; y desde la mañana siguiente entabla al pie de fábrica el negocio de su reputacion.—Para ello empieza por visitar y atraerse la voluntad de sus paisanos y condiscípulos (alguno de los cuales por fuerza ha de ser ministro, ó haberlo sido, ó esperar serlo); introdúcese en las reuniones políticas y cortesanas; asiste diariamente á las discusiones de las cámaras; se hombra y esplica con los personajes históricos en las salas del Ateneo y del Casino, con los literatos en el café y con los periodistas en sus redacciones; aventura primero en ellas algun suelto ó comunicado para notificar al público su existencia; cultiva luego el folletin ó la gacetilla; se sube á mayores y acomete el artículo de fondo; crécese en fin, de dia en dia, y su reputacion empieza á hacer espuma; hierve por fin y se desborda haciendo la oposicion; pero no la oposicion meliflua y compaseada de que antes hablábamos á cátedras y prebendas, sino la oposicion tormentosa, la oposicion gigantesca y osada, la *oposicion al poder*.

Y á dos por tres héte aquí á nuestro reciente é ignorado colegial, convertido, como quien nada dice, en una notabilidad política, en un hombre grande, y metamorfoseado en ministro, ó cuando menos embajador ó consejero.

Pues quiero que no sea aspirante á empleos, ni estudiante de letras, sino que su inclinacion le llame al positivismo y á la fortuna material.—Llovido como de las nubes en medio de la Puerta del Sol,—de esta gran fábrica de reputaciones y de gloria,—sin mas camisa que la puesta, ni mas bolsa que la del prójimo, yo no sé cómo ni á qué precio encuentra quien le administre las primeras

dosis de reputacion; pero sí que con ellas le vemos de la noche á la mañana

«Estenderse, crecer, tocar las nubes» y arriesgar en la bolsa operaciones fabulosas, y contratar con los gobiernos de vecino á vecino, y arrastrar coches, y habitar palacios, y brillar en fin, como uno de los astros del mundo *financiero*.

La industria madrileña, la fábrica de famas al portador hace á veces prodigios, y no solamente se ocupa en crear posiciones y en levantar fortunas, sino que hasta se puede decir que da vida, valor y animacion á la misma figura material.—Tal jóven, por ejemplo, que con el modesto traje del campo ó de la aldea pasaba desapercibido en ella, y cuando mas atraia las miradas del ama del cura ó de la maestra de niñas, viene á Madrid á pretender acomodo; y gracias á la sábia tijera de Utrilla ó de *Peré* (grandes fabricantes de reputaciones en-corte), gracias á los guantes del *regenerador de la camisa*, gracias á las pomadas de *Miró* ó al peine civilizador de *Reigon*, vémosle salir de sus manos hecho un Apolo de Belvedere; servir á las damas de objeto visual en teatros y paseos, de envidia á los mancebos en el asalto, en el picadero y en el café.—Pues merced á esta brillante aureola, hija legítima de la calle de la Montera, nuestro mozo alcanza á usufructuar la vitalicia prebenda en una vieja marquesa, ó inflama el corazon juvenil de una rica heredera, que acaba por entregarle en posesion su blanca mano y su dorado capital.

Y si el ejemplar recién venido á la villa del oso y del madroño, pertenece al sexo que por pura galantería llamamos bello, ¡cuántas beldades oscurecidas en un rincon de Aragon ó de Castilla! ¡cuántas flores ajadas ya, y pasadas

de moda en las campiñas y salones de Andalucía y de Valencia, no vemos renacer ó retoñar de nuevo con mayor esplendor, merced á la fama vocinglera de los infatigables talleres del Salon del Prado, en fuerza de la cooperacion benéfica de Madamas *Bernós ó Petibon!*—La industria madrileña obró tambien aquel fenómeno, señaló y analizó aquella estrella, descubrió y puso en evidencia aquel tesoro escondido hasta entonces á las márgenes del Ebro ó del Turia, del Eresma ó del Guadalquivir.

El alma no comprendida en su modesto pueblo, viene tambien á revelarse al pais por medio y con el mágico auxilio de la trompa matritense.—Cincuenta meditacionnes y doscientos fragmentos producidos por una tierna lira, no habian logrado llamar la atencion ni fijar las miradas de los indiferentes ó incapaces convecinos de nuestro vate; y su espíritu ideal é hiperbólico estaba reducido á la triste condicion de pensar en las buenas ó malas cosechas, de calcular sobre la venta de las lanas ó del ganado, de combinar los mecánicos aparatos del taller.—Pero llega á Madrid, y recibido incontinenti de literato en cualquiera de nuestros cafés, ó en el vestuario del teatro, brota el raudal de su inagotable vena, é inunda revistas y folletines; traduce comedias, hace la censura de las obras que otros escribieron y él no entendió; y á fuerza de repetir su nombre por las cien bocas de la fama y los cien mil caracteres de la imprenta, logra imponerle á la sociedad como una pesadilla inevitable, monótona, fantástica y perpétua; logra salvar los límites de Madrid y su rastro, volar por los campos y penetrar en las poblaciones, inclusa la apartada y modesta aldea donde vió la luz primera, y que en todo pensaba menos en sospechar que en aquel engendro mezquino y casi ignorado de ella, habia hecho á la patria el regalo de un genio mas.

Por este estilo prolongaríamos indefinidamente las citas ó indicaciones de los maravillosos artefactos de la industria matritense, poderoso zahorí que, penetrando con certera vista las capas superficiales de la inteligencia humana, descubre los tesoros escondidos bajo un vulgar exterior; fecundo manantial que sabe convertir en campo fructífero y frondoso el arenal estéril; admirable artista que acierta á sacar del barro tosco é inanimado, del tronco de piedra bruta, la estatua colosal y perfecta que nadie adivinó; y maravilloso Proteo que, convirtiéndose luego en vehículo de comunicacion instantánea, trasmite y pregonaba hasta el último confin de la península sus admirables descubrimientos, sus altísimas elucubraciones, los sorprendentes resultados de su potencia industrial.

¿Y habrá todavía quien niegue á Madrid el rango que le corresponde entre las poblaciones fabriles por escelerencia? ¿Habrá quien nos pretenda encarecer los productos de la prosáica industria de otros pueblos de España, en competencia con la sublime especialidad que dejamos asignada á la capital? ¿Hablará Barcelona de sus blondas y tejidos, Valencia de sus sedas, Vizcaya de sus hierros, de sus vinos Jerez ó Valdepeñas, de sus paños Tarrasa, de sus armas Toledo, de sus lanas Extremadura, ó de sus productos agrícolas Andalucía, Castilla y Aragón? ¿Pero qué son todos estos frutos perecederos de una industria material, comparados con los inmortales y sublimes de la industria matritense, de la explotación de la fama y del beneficio del campo de la gloria? ¿Qué son por ejemplo, una máquina ó un delicado tejido, producidos por la invencion y el trabajo de los hijos de Barcino, al lado de uno de nuestros sábios en corte, políticos ó literatos, improvisados al menor giro de la gran máquina de reputaciones de la Puerta del Sol?

¿Qué significa el descubrimiento de un nuevo y argenteo venero, hecho por la perspicacia é inteligencia de un afortunado ingenio, en comparacion del de una notabilidad parlamentaria, del de un nuevo poeta dramático, regalado á nuestra patria por las activas prensas de la capital? Sevilla y Toledo presentarán sus fundiciones y construccion de armas guerreras; Asturias y Vizcaya sus nobles alcurnias y rancios pergaminos; Salamanca y Sevilla los aprovechados hijos de sus escuelas; Barcelona y Valencia los libros de sus prensas y los variados productos de sus talleres—á todo puede contestar Madrid con ventajas con la fabricacion indefinida de *genios* y de *hombres grandes* para el surtido de todo el reino; de oradores, de literatos, de poetas para todo el resto de los españoles; de héroes y generales para todos los ejércitos de Europa; de títulos y próceres para todos los estados del mundo; y á todos los resúmenes industriales de aquellos pueblos, podrá contestar ufano con el espléndido balance anual de la inmensa fábrica cortesana, ¡con la *Guia de forasteros!*

de sobre-  
 bueno, y si no, tan amigos como antes. Luego, de sobre-  
 mesa, era de rigor el girarse de brazos la familia, y re-  
 dactar el anaqueal para escoger de su boca la narración de  
 las estramborísticas aventuras de sus peregrinaciones, durante la  
 cual no dejaba el papa de entrecerse, la madre de com-  
 pungirse, el hijo de entristecerse, y la esposa, si la había,  
 de estar. **LA PATRONA DE HUESPEDES (1).**

—No hay duda que, considerada esta simplicidad bajo  
 el aspecto positivo, no deja de tener su parte; y si no, sean  
 se por lo religioso los libros de los que tan admirables  
 recursos supieron hallar en este sencillo argumento; y  
 viniendo á lo profano, ahí están Virgilio y Tencion, que no

El origen de las casas de huéspedes (estilo coronista)  
 se pierde en la noche de los tiempos. Los libros sagrados  
 nos hablan ya de esta costumbre generalizada entre los  
 primeros patriarcas, por lo que hay que decretar, cuando  
 menos, al padre Abraham los honores de la invención.

Verdad es que en aquellos siglos primitivos, todavía  
 éste uso venerando se resentía de la sencillez evangélica,  
 y no estaba tan refinado como le vemos hoy, los que  
 aguardamos á nacer tres ó cuatro mil años después.—En-  
 tonces todo su mecanismo se reducía á tener siempre  
 abiertas las puertas de la choza paternal (si es que esta  
 tenía puertas), al fatigado peregrino que, sin mas maleta  
 ni silla de posta que el bordón y la calabaza, acertaba á  
 atreverse á deshora por aquellos andurriales; hacerle un  
 ladito en la estera que servía de blando sofá y de mullido  
 lecho; ponerle delante un cenacho de bellotas, ó cosa tal,  
 y su botijo de agua pura y serenada; y si lo quería comer,

(1) Este artículo y el siguiente fueron escritos en 1845 para la  
 obra publicada bajo el título *Los Españoles pintados por sí  
 mismos.*

bueno, y si no, tan amigos como antes. Luego, de sobremesa, era de rigor el cruzarse de brazos la familia, y rodear al huésped para escuchar de su boca la narración de las estrañas aventuras de sus peregrinaciones, durante la cual no dejaba el papá de enternecerse, la madre de compungirse, el hijo de entusiasmarse, y la señorita, si la había, de echar al forastero unas ojeadas, que déjelo Vd. estar.

No hay duda que, considerada esta simplicidad bajo el aspecto poético, no deja de tener su aquel; y si no, léanse por lo religioso los libros bíblicos, que tan admirables recursos supieron hallar en este sencillo argumento: y viniendo á lo profano, ahí están Virgilio y Fenelon, que no eran ningunas ranas, los cuales hallando que esto de la hospitalidad era la fuente de toda poesía y cosa buena para ponerse en libros, cogieron por su cuenta á las semidiosas Dido y Calipso (dos honradas señoras por otra parte; que no consta pagasen patente de hospedage público ni secreto) hiciéronlas poner sendos papelitos laterales en los balcones, (como es uso y costumbre de Madrid en casos tales) y hágote viuda de circunstancias, ó doncella cuarentañona, y «*Aquí se alquilan salas y alcobas con asistencia ó sin ella, á gusto del parroquiano, etc.*» viendo lo cual los mancebos Eneas y Telémaco, que eran hombres que lo entendían, subieron bonitamente las escaleras, llamaron á la puerta, y..... lo demas por sabido se calla.

Era, pues, otra Calipso que no podía consolarse de la partida de otro Ulises; y que en el exceso de su dolor (como hubieran traducido mas de cuatro *literatos*) *se encontraba desgraciada de ser inmortal*: quiero decir, de hallarse viva todavía, porque lo que es inmortales ya no se usan desde los tiempos de Calipso, en cuya isla no debía haber médicos ni boticarios.



Pero volviendo á nuestro poema contemporáneo y á su lastimosa heroína, cuya gruta (ó sea cuarto piso) no resonaba ya con los acentos de su voz, proseguiremos nuestra *indirecta* imitacion ó sea *arreglo á la escena española*, diciendo que las ninfas que la servian no usaban decirle «esta boca es mia.»—(Estas ninfas eran una moza gallega, fresca y reluciente como tarja de remolacha, y una nayade del Manzanares, de las que acuden todas las tardes por bajo de la Virgen del Puerto á sumergir en las ondas sus flotantes túnicas, ó sean pañales, y los de sus parroquianos, nada immaculados por cierto.)

Paseábase, pues, nuestra anónima Ariadna á largos pasos y con visibles señales de agitacion todo á lo largo de su palacio, que podría tener hasta unos quince pies en cuadro; y de vez en cuando solia pararse á contemplar el solitario y mal perjeñado lecho, que solia regar con sus lágrimas; pero esta bella perspectiva, lejos de moderar su dolor, la traia á la memoria la fementida estampa de su ingrato huésped, el fugitivo Teseo, que no era otro que don Ponciano Pasacalle, nombrado administrador de correos de San Esteban de Gormaz.

A veces asomábase á la ventana, que ofrecia á sus miradas la risueña perspectiva de un tejadillo, renovando su dolor los episódicos lances amatorios de los Zapirones de la vecindad; y todo se la volvía alargar la gaita por entre un canalon y dos chimeneas, por ver si acertaba á divisar á lo lejos el camino real de Castilla, por donde don Ponciano habia desaparecido, conducido por arrobas en alas de un maragato.

De pronto se oye ruido de tacones de botas que suben la escalera; páranse luego, porque no habia mas que subir; llaman tres golpecitos á la puerta; abre la gallega,

y dos hombres, de los cuales el uno parecia á don Ponciano como un huevo á otro, se presentan delante de la viuda.— Por supuesto que ésta conoció á la legua que el tal no podia ser otro que el primo hermano de su ausente, que éste le habia anunciado como que debia venir un dia de estos á Madrid para revalidarse de cirujano en el colegio de San Carlos.—No pudo, sin embargo, conocer quién era el vejete que le acompañaba, y es que el tal vejete era un escribiente memorialista de detrás de Correos, que cuidaba de acomodar á los forasteros que se apeaban de la rotonda de la diligencia, y servirles de Mentor en sus primeros pasos en la heroica capital.

Por supuesto que nuestra patrona (á quien ya relevaremos el incógnito, y llamaremos por el nombre de *Doña Tadea de Rivadeneyra*) tuvo allá en sus adentros un ratito de jolgorio al contemplar las facciones del reciénvenido mancebo, tan acordes y paralelas con las del eclipsado administrador; pero no queriendo dar, como quien dice, su brazo á torcer, ni confesarse vencida á las primeras de cambio, frunció algun tanto el entrecejo, ahuecó la voz, y dirigiéndola á los dos personajes anónimos, les apostrofó preguntándoles por quién ó cómo habian sabido su ignorada habitacion, y qué ocasion les traia á sus altas y elevadas regiones.—Entonces el mancebo, (que tenia una voz de baritono acostumbrada á modularse al compás de la *jota* y de la *guaracha*) se quitó cortesmente su gorrilla de viajero, sacó del bolsillo un papelito si es no es mugriento y arrugado, diósele á leer á Doña Tadea, por donde ésta vino en conocimiento de lo que ya su corazon le habia predicho, á saber: que el tal individuo no era otro que el sospechado primo del supradicho Pasacalle.—Con lo cual, mas en su equilibrio la viuda, acudió amorosa á tomar el saco del collegial, instalóle en su aposento, y marchó á dar una vuelta

á la cocina para disponer unas tortillas con sendos golpes de patatas y jamon.

Este ligero articulejo habria de aspirar á las formidables dimensiones del poema de Fenelon, si hubiéramos de seguir uno por uno los gratos episodios que formaron, hicieron crecer y morir aquella intriga, ó sea drama, entre el jóven Pedro Correa, natural de Olmedo, cirujano sangrador y barbero latino, y la honrada y escelente dueña doña Tadea de Rivadeneyra, viuda *in partibus infidelium*; la cual desde aquel primer almuerzo dió al traste con sus memorias, eclipsó su entendimiento, y subyugó su voluntad al nuevo huésped.—Este por su parte, que no era lerdo, bien echó luego de ver el efecto que sus ojos y compostura habian hecho en la huésped; y como ella no era todavía ningun vestigio que digamos, y mas para impuesta sin censo; y como por otro lado, la bolsa del colegial no estaba para pedir cotufas en el golfo, ni para hacer ascos de ninguna económica caridad, dió en seguirla la corriente, y en hacer como que si tal; de suerte que, á las veces narrando en familia, al amor de la lumbre, sus aventuras estudiantiles, ó rascando otras su mal templada vihuela por el tono del *Salerito* y del *¡ay, ay, ay!* acertó á encender en aquel blando pecho una hoguera que ni todas las mangas de la villa acertáran á apagar.

Por supuesto que á todo esto nada se habia tratado de cuenta de gasto ni de cosa tal, si no que el bienaventurado mancebo podia hacerse la ilusion poética de que nacian por ensalmo al fuego de sus miradas, el rico chocolate de Cruzada, el sabroso jamon gallego, la escitante morcilla extremeña, el delicado queso montañés.—Todo se reducía por su parte á un regular consumo de suspiros y ternezas, á tal coplilla simbólica improvisada á la guitarra, ó cual

otro juramento en prosa, hecho á la manera jesuítica, con la debida restriccion mental.

La viuda, sin embargo, no estaba en pleno goce de aquella celeste beatitud que era de suponer; porque amaestrada en el mundo (¡y quién no lo está á las cuarenta navidades!) bien echaba de ver que todos aquellos rendimientos del muchacho, pudieran talvez ser mas calculados que espontáneos, y que dando rienda suelta á sus pasiones, corría inminente peligro de ver convertidos en espuma sus ahorros en el yelmo barberil.

Acabó de fijarla mas y mas en estos temores una sospecha, que aunque nacida á oscuras, vino á iluminar su razon, y fué el caso que cierta noche, regresando del sermón de los Dolores, halló que el huésped, cansado sin duda del de la Soledad, se hallaba mano á mano, y á oscuras, con la moza gallega, que, nueva Eucharis podria tal vez haber hallado favor en el pecho del forastero, y contribuir con su traicion á hacer mas interesante el argumento del drama. (La viuda habia leído el Telémaco traducido por R..... lo cual es lo mismo que decir que no le habia leído de modo alguno.)

Desde aquel día, ó mejor sea dicho, desde aquella noche, la agitada doña Tadea no tenia, como suele decirse, el alma en su almario; y todo era soñar traiciones, y vislumbrar complots, y temblar pronunciamientos; y ora se figuraba á su cruel Vireno número 2, huyendo con la otra maula, ora creía ver á esta reirse en sus barbas de las angustias y temores que la hacia experimentar.—Ni en paseo, ni en misa, ni en visita, podia sosegar un punto, ni dejaba tampoco reposar al amartelado galan, el cual, sea agradecimiento á los favores recibidos, sea esperanza de los que aun confiaba recibir, todo se resolvía en protestas y manifiestos del mas sincero y cordial rendimiento, y aun habló

de «coronar su amor» y demás frases poéticas dignas de un pastor de la Arcadia, siempre con la condicion de llegar á reunir los dos mil y pico de reales del depósito exigido por los reglamentos para autorizarle á matar al prójimo.

Doña Tadea, como muger y enamorada, no era de piedra para dejarse convencer, tanto mas, que el galan por su parte la instaba diariamente á que para apartar el pretesto de sus sinsabores, despidiese á la gallega; hizolo asi con efecto; y desde entonces, mañ acordes, pudo la viuda soñar tranquila con su grata esperanza, el galan afirmarse en su viva fé, y la moza entregarse á su ardiente caridad.

Dispuestas así las cosas á gusto de todos, no tardó el traidor en atraer á lo mas recóndito de sus redes á su víctima, quiero decir, en hacer venir á supuracion el talego de sus ahorros, abonándole lo necesario para el exámen, costear los gastos del título, item mas, de las fées de bautismo y diligencias matrimoniales; hasta que llegando el caso de dar los nombres de los contrayentes, una mañanita temprano, cuando aquella rezaba fervientemente el responsorio de San Antonio, *Si buscas milagros, mira.....* siente abrir las vidrieras de su alcoba, entrar silenciosamente al mancebo y á la moza, arrojarse ambos á sus piés, y con una elocuencia digna de mejor causa, improvisar una demanda de perdon, ó sea un *bill de indemnité*, por su gloriosa insurreccion.

No hay pluma de ganso capaz de pintar el espasmo, el singulto, y la histérica que se apoderaron de la doblemente engañada matrona, á la simple exposicion de aquella peripecia; con que no hay sino dejarlo á juicio discreto del lector; basta saber que hoy es, y todavia se encuentra en el hospital de Incurables, á donde acaso habrá hallado otras compañeras, en quienes el hielo de los cuarenta años no acertó á apagar el incendio del amor.

Todo este mas que razonable ejemplo preambular, se ha atravesado en nuestra pluma, con el objeto de hacer sentir lo peligroso que es al tipo que hoy nos proponemos retratar el no renunciar preliminarmente á los combates de las pasiones, y templar su corazon á prueba de huéspedes, antes de decidirse á plantar el blanco papelillo en el hierro izquierdo del balcon.—El buzo no se sumerge en el fondo de los mares, sin la campana protectora; el areonauta no se lanza á las nubes, sin el paracaida que ha de sostenerle; y el osado ginete no comienza la carrera, hasta tener bien sujetas en su mano las riendas del alazán.—De este modo, la muger que haya de abrir las puertas de su casa al forastero, ha de haber cerrado y aun tapiado de antemano las entradas de su corazon.—El caso de Dido, el de Calipso, y el de doña Tadea (todos igualmente históricos) son ejemplos ¡oh viudas! que os conviene meditar.

Por fortuna estos casos forman mas bien escepciones de la regla, que quiere que la *huéspedea*, *patrona*, ó *ama de casa* (que de todos modos podremos llamarla con arreglo á los *Diccionarios* y *Panléxicos* mas corrientes) frise ya en las cincuenta navidades, edad la mas propia para supeditar las pasiones á la razon y al cálculo, y no la mas idónea para ofrecer tampoco estimulantes al apetito carnal del forastero. Quiere que la severa faz revele la formalidad y espíritu metódico de la dueña; quiere que sus blancos cabellos aparezcan modestamente recogidos en la historiada papalina; que el vestido de sarga ó de algodón oscuro se halle resguardado con el honrado fiador del delantal; que las tocas modestas encubran la rugosa garganta; que el ancho zapato de orillo cobije por lo regular los juanetudos piés.

Es tambien inmemorial costumbre en Madrid, (donde hablamos) que la tal patrona, sea viuda legitima y de legít-

timo consorcio de un empleado de Correos ó en Loterías; que tenga señalada su pension de doce reales por el Monte Pio, y que éste la deba treinta ó mas mensualidades por pura piedad; que conserve de su antiguo estado matrimonial algunos pequeños ahorros, y tales cuales muebles y ropa blanca, con que acudir al servicio de los comensales; y que, en fin, por su economía, su religiosidad y buenos modales, vea acrecer su reputacion, pasando de boca en boca de los forasteros, los cuales, de regreso á su pueblo, no podrán menos de recomendar á todo viniente á la córte la casa y persona de doña Escolástica ó doña Celedonia.

Pero de nada habrian de servirla todas estas favorables circunstancias, y veríase víctima de todos los inconvenientes que quedan apuntados en el caso anterior, si tuviese en su compañía una, dos, ó mas hijas ó sobrinas, de pocos años, alegre travesura, y no desapacible parecer.—Aconsejamos, pues, á la que en tal se viese, que no dé entrada en sus lares sino á gente provecta y asegurada de incendios, v. g. un militar retirado, prisionero en la batalla de Ocaña, ó un senador gallego, de los que entonces padres, ahora abuelos de la patria, firmaron en Cádiz la constitucion de 12, ó tuvieron voz y voto en la Suprema Central.—Todo lo demas seria llevar fósforos donde hay combustibles, ó poner al gato á enseñar á bailar al raton.

¿Pues qué, si acierta el diablo á entrar por sus puertas, bajo el amable aspecto de un rico mayorazgo valenciano, ó de un abogado andaluz; de un jóven millonario de la Habana, ó de un novelesco viajador francés; de un militar brioso y arrogante, ó de un estudiantillo travieso y perspicaz?—¡Patronas las que teneis hijas doncellas! libradlas por su bien de todos peligros; negad la hospitalidad á la pérfida juventud advenediza, y no deis oidos á las promesas de indiferencia, á la modesta pretension del que inten-

ta solo meter el pié; porque á lo mejor, y cuando menos lo creyéredes, veréislos alzarse con el santo y la limosna, y el santo serán vuestras hijas ó sobrinas, y la limosna será vuestra mísera racion; porque si los hay que gustan de echar la cuenta sin la huéspedea, tambien los hay que buscan la huéspedea y no pagan la cuenta tampoco.

En los pueblos extranjeros, en donde las rápidas y frecuentes comunicaciones, dan ocasion á una vitalidad y movimiento asombrosos, apenas son conocidos estos modestos medios hospitalarios, quedando al cargo de los aseados y elegantes *hotels* y las suntuosas fondas, acoger y cobijar al forastero con todo el aparato de ostentacion que pudierá desplegar un magnate en su propio palacio.

Nuestro pais, por desgracia, ofrece aun muy pocos de estos refinamientos, y para convencerse de ello, basta dar un ligero paseo por las provincias, y aun dejarse caer luego dentro de los muros de la noble capital.—Al entrar en ella, y desembarcar de la diligencia, no se disputarán al forastero, falangés enteras de mozos y domésticos de fondas y paradores; ni acudirán á recoger su equipage infinidad de mozuelos despiertos y serviciales, ni se brindarán á conducir su persona multitud de cocheros y *cicerones* inteligentes. Todo lo contrario: la mas absoluta soledad, la mas completa indiferencia, esperan al viagero á su descenso de la diligencia; y si, como es de presumir, fuere la vez primera que entrase en nuestro pueblo, puede entregarse á la buena suerte, y vagar algunas horas por las calles de la capital, antes de dar con su persona bajo algun amigable techo.

Todo esto tiene por origen la escasez de viageros, propiamente tales que suelen visitarnos, la falta de estímulo para las grandes empresas industriales, la indefinible



arrogancia é indiferencia del comun del pueblo hácia las pequeñas ganancias que estos servicios le pudieran reportar.—La miseria, que en otros pueblos se viste con la brillante librea de la civilizacion; el interés, que sabe levantar en ellos suntuosos edificios, ricamente alhajados y servidos para hospedar al forastero, conserva en el nuestro un carácter de sencillez patriarcal, y establece la costumbre de que cualquier familia ó persona desvalida, cuyos limitados recursos no bastan á cubrir sus indispensables necesidades, trata de llamar en su auxilio una ó mas personas de las que accidentalmente vienen á la ciudad, y cederla por un módico precio parte de su habitacion, de sus muebles, y hasta del mísero sustento; y á este recurso, á esta desdichada dependencia, se hallan hoy suscritas mas de dos mil casas en Madrid.—El dia en que el progreso de la industria sustituya por elegantes hospederías las pocas y malas que hoy llevan el nombre de tales; brinde al transeunte, al celibato, al extranjero, con los goces y comodidades que le ofrecen los hoteles de París, Lóndres y Bruselas, la civilizacion, es cierto, habrá dado un gran paso; las ciudades españolas serán mas visitadas y conocidas; el interés de algunos industriales habrá progresado grandemente; pero en cambio multitud de familias carecerán de este recurso de existencia; el forastero de este medio de incorporacion á nuestra sociedad; y ésta, en fin, verá desaparecer un tipo que sino es poético, por lo menos tiene no poco de original.

En la dilatada escala de familias que se entregan en Madrid y ciudades principales del reino á este medio de existir, seria imposible diseñar al natural todas las circunstancias que distinguen á estos públicos establecimientos secretos.—Los hay que ostentando aun los restos de

una pasada fortuna, brindan al forastero con elegantes muebles, decente mesa y esmerado servicio: pero el precio de ellos suele esceder por lo menos en un doble al que costaria igual ó mejor asistencia en una brillante fonda; los hay que reunen á una mediana comodidad, los agrados de la sociedad íntima de una familia amable y desgraciada; pero llevan consigo el grave inconveniente de los compromisos y miramientos que exige esta íntima sociedad; los hay, en fin, que limitados á las mas módicas fortunas, ofrecen al desdichado forastero aposento, cama, luz, y alimento, por la inverosímil cantidad de *cuatro reales diarios*. De estos establecimientos solo puede decirse que son una providencia artificial, un problema humanitario, resuelto por algun genio bienhechor.

Las familias vergonzantes y numerosas, acostumbran recibir un huésped solo para conllevar el pago de la casa, limitándose ellas á habitar las piezas interiores.—En tal caso el huésped no es huésped; es otra persona mas en la familia. Recibe sus confianzas; asiste con ella á la mesa comun; hace pié en el tresillo; acompaña á paseo, á misa y al teatro; enseña á escribir al niño de la casa; da leccion de guitarra á la señorita; cuida de los tiestos del balcon y de echar alpiste al canario; y prepara el rapé para la mamá. En casos tales, para buscar al huésped hay que pasar á las habitaciones interiores; para hacer visita á las amas, es de rigor que se las busque en la sala principal.—La mas extraña amalgama se establece entonces en el adorno de esta; las botas están sobre el piano; y el San Antonio de talla, tiene en su cabeza el schakó del capitan; el ridículo de la señorita, suele servir de bolsa á los cigarros; el nacimiento del niño, viene á interpolarse en la cómoda con las pistolas y cartucheras; los Devocionarios con las Julias; los jabones y navajas con los pendientes y canesús.—Si el

huésped cae malo, no hay género de atención ni de cuidado que no se le prodigue; se quita la campanilla de la puerta, se encierra al gato; se sahuman con espliego y juncia las habitaciones; se llama el médico de la familia, al barbero, al comadron; se le hace tomar por fuerza al enfermo un caldito de chorizo y morcilla cada cuarto de hora; se le ponen sinapismos hasta en las rodillas; se le buscan apetitos que alarguen la convalecencia dos meses mas. Por último, cuando se marcha de la casa, aquello es una verdadera desolacion; hay llantos, gemidos y patatuses; y no ha llegado el huésped á las Rozas, cuando ya recibe epístolas que pudiera el tierno Ovidio envidiar.

Este, por supuesto, es el bello ideal de la especie, el *desiderandum* de todo aventurero viajador. No se dan tan espontáneamente estas familias tiernas, íntimas y simpáticas; ni de tan buena estrella suelen ir acompañados los galanes viandantes, para saber conquistar tan grato homenaje agasajador.

Réstanos ahora, y despues de haber pintado los diversos matices heróicos de que reviste á veces nuestro tipo, trazar algun rasguño general que ponga de manifiesto, no el lado feo, sino por desgracia el comun de la especie en cuestion.

Generalmente las casas de huésped son tenidas por una matrona viuda ó jubilada, cuya historia anterior suele ser un secreto de su estado.—Solo se sabe, por ejemplo, que es vizcaina, por su apellido *Arrevaygórrirumizaeta*, y por sus admirables manos para aderezar el bacalao; que es andaluza, por su gracia parlera, lo aljofifado de los ladrillos, y el tufillo de azúcar y menjú; que es castellana, por su frescura, su aseo y su franca sequedad.—Por lo demas, si su difunto consorte murió en este ú el contrario bando,

en la batalla de Mendigorría; si su padre era ó no era intendente de Tlascala en tiempo de Hernan Cortés; si tiene ó no tiene un primo colector de bulas en Avila de los Caballeros; si su hija está ó no casada con un capitán de marina al servicio del Japon; esto es lo que ella sabe, lo que ella cuenta, ó lo que ella calla, lo que nadie cree, ó lo que á nadie le importa.—Baste decir que sus modales, aunque un si es no es ordinarios, revelan cierto roce de gentes; que sus facciones, aunque añejas, dejan adivinar cierta pasada perfeccion; que su familiaridad con los criados, como que da á sospechar no haber sido siempre estraña á su comunión; que su marcialidad con los huéspedes, descubre al mismo tiempo que no la es desconocida la íntima comunicacion con mas elevada clase social.

Tiene, para su servicio y el de los parroquianos, una ó dos criadas alcarreñas ó indígenas de la córte, frescas, francas y familiares, de buen palmito y mejores manos, aseadas y compuestas, con su pañolito de lazo en la cabeza, su vestido de percal de Cataluña, y su gracioso delantal; y para los mandados extramuros tiene un asturiano fiel é infundible, que va, que viene, que mira y que no vé, que escucha y que no oye, que sisa, que come, calla y no replica.— Las criadas ocúpan la cocina y el comedor; el asturiano la antesala; los huéspedes la sala principal y los dormitorios; el ama de la casa ó sea abeja reina de aquella colmena, en todas partes está, y ora discute el gasto con los huéspedes, ora limpia los muebles ó riñe á voces con el aguador: ya acude risueña á coger un boton ó á repasar una averiada corbata; ya da una vuelta á la plaza ó asiste á espumar el puchero.

No bien se presenta un nuevo huésped á la puerta de la casa, la criada favorita lo introduce á la audiencia de la Señora, la cual en muy breves palabras se pone al corrien-

te de su porte, y le clasifica y tasa, colocándole en consecuencia, ya en el gabinete de la virgen ó en el de los ties-tos, ya en la pieza del patio ó en el cuarto oscuro del rincón.—Si dice que comerá fuera, entonces el precio suele ser mayor que comiendo en casa, por haber de renunciar al beneficio de la provision; si permaneciere solos ocho dias, costarále al triste mas que si permaneciera un mes: y así otras reglas de proporcion *ad usum* de las amas de huéspedes.—Si es diputado, ó ha de recibir visitas, podrá disponer de la sala y tendrá brasero; pero tambien pagará como padre de la patria; si es, en fin, estudiante y se retira tarde de noche, tiene que pensar en sobornar al asturiano para que no le deje en la calle.

Mientras todo este interrogatorio, las muchachas se han asomado alternativamente, con el ostensible pretesto de busear una llave ó dar cuerda al reloj; pero en realidad con el objeto de examinar al forastero, medirle, y pesarle, calcularle y anatomizarle mentalmente; y si tiene bigote y barbas, ó si gasta sortijas y cadenas, aquello es no darse manos á recoger y colocar la maleta, á aderezar el cuarto, y á surtir el aguamanil.

El ama dirige y preside todas aquellas evoluciones, y cuida de recoger los restos esparcidos procedentes del anterior huésped, tales como viejas chinelas, guantes in-memorales, cigarros inverosímiles, Gacetas vírgenes, y mártires sombrereras de carton.—Muda á vista del nuevo cofrade las sábanas de la cama, por otras no tan amarillas; barre el cuarto en sus mismas barbas; y si hay ventana á la calle, la abre para que el huésped se asome y vea que aquello «es un coche parado» (y la tal calle suele ser la de los Negros ó la del Perro); y si es cuarto interior, como que le envidia la quietud y el recogimiento, diciéndole que allí «no se siente una mosca» y vé correr á este tiempo